

W. M. Flinders Petrie

LA RELIGIÓN DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS



Lectulandia

La religión de los antiguos egipcios presenta unas particularidades que la hacen única entre las múltiples religiones que la historia ha producido.

En primer y principal lugar, para los egipcios los dioses podían ser mortales; hasta de Ra, el dios-sol, se decía que había envejecido y estaba debilitado, Osiris fue asesinado, y a Orión, el gran cazador de los cielos, los dioses lo mataron y comieron. Todo esto demuestra que la inmortalidad no era un atributo divino. No tenemos, pues, la menor duda de que podían sufrir en vida. También se suponían que los dioses tenían una vida semejante a la del hombre, y constantemente les ofrecían comida y bebida. Los dioses, por consiguiente, no eran superiores al hombre por su divinidad en condiciones y en limitaciones; sólo podría describirse los como preexistentes, inteligencias activas...

W. M. Flinders Petrie, uno de los más grandes arqueólogos y egiptólogos de todos los tiempos, nos introduce en el mundo fascinante de la religión egipcia, en un libro magistral por la síntesis y precisión empleada en su redacción, dedicada especialmente a los que se introducen o estudian este mundo apasionante.

Lectulandia

W. M. Flinders Petrie

**La religión de los antiguos
egipcios**

ePub r1.0

Titivillus 16.04.19

Título original: *The Religion of Ancient Egypt*

W. M. Flinders Petrie, 1906

Traducción: Mario Monea Iban

Ilustraciones: Archivo Abraxas

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice

CAPÍTULO I. La naturaleza de los dioses

CAPÍTULO II. La naturaleza del hombre.

CAPÍTULO III. La vida futura

CAPÍTULO IV. Culto animal

CAPÍTULO V. Los grupos de dioses con cabeza de animal

CAPÍTULO VI. Los dioses humanos

CAPÍTULO VII. Los dioses cósmicos

CAPÍTULO VIII. Los dioses abstractos

CAPÍTULO IX. Los dioses extranjeros

CAPÍTULO X La cosmogonía

CAPÍTULO XI. El ritual y el sacerdocio

CAPÍTULO XII. Los libros sagrados

CAPÍTULO XIII. Culto privado

CAPÍTULO XIV. La ética egipcia

CAPÍTULO XV. La influencia de Egipto

Sobre el autor

Notas

Capítulo 1

LA NATURALEZA DE LOS DIOSSES

Antes de ocuparnos de las especiales variedades de las creencias de los egipcios en los dioses, es preferible intentar evitar un mal entendido de toda su concepción de lo sobrenatural. El término dios se ha convertido en nuestra mente y de forma tácita, en tal grupo de atributos altamente especializados, que apenas somos capaces de referir estas ideas a las concepciones mucho más remotas a las que unimos este mismo nombre. Es una verdadera desdicha que todas las palabras que quieren definir a las inteligencias sobrenaturales se hallen desfasadas, por lo que no nos es posible hablar de demonios, diablos, fantasmas o hadas sin implicar un significado dañino o trivial, totalmente impropio de las antiguas deidades que eran tan benéficas y poderosas. Si usamos, pues, la palabra dios para tales concepciones, siempre debemos hacerlo con la reserva de que esa palabra ha tenido un significado muy distinto del que tenía en las antiguas mentalidades.

Para los egipcios, los dioses podían ser mortales; hasta de Ra, el dios-sol, se decía que había envejecido y estaba debilitado, Osiris fue asesinado, y a Orion, el gran cazador de los cielos, los dioses lo mataron y comieron. La mortalidad de los dioses ha sido tratada por el doctor Frazer (*La Rama Dorada*), y las numerosas tumbas de dioses, y la muerte violenta del hombre deificado que era venerado, todo esto demuestra que la inmortalidad no era un atributo divino. No tenemos, pues, la menor duda de que podían sufrir en vida; así, un mito relata cómo Ra, caminando sobre la Tierra, fue mordido por una serpiente mágica y padeció grandes tormentos. También se suponía que los dioses tenían una vida semejante a la del hombre, no sólo en Egipto sino asimismo en otros muchos países antiguos. Constantemente les ofrecían comida y bebida, que en Egipto dejaban en los altares mientras que en otras tierras las quemaban para obtener un dulce sabor. En Tebas, la esposa divina del dios, o suma sacerdotisa, era la regente del harén de concubinas del dios; y de igual manera, en Babilonia la cámara del dios con el diván de oro

solamente podía ser visitada por la sacerdotisa que allí dormía para obtener respuestas en sus oráculos.

Los dioses egipcios no podían tener conocimiento de cuanto ocurría en la Tierra sin ser debidamente informados, ni podían dar a conocer su voluntad en un lugar distante sin enviar un mensajero; eran tan limitados como los dioses griegos que necesitaban la ayuda de Iris para comunicarse entre sí o con la humanidad. Los dioses, por consiguiente, no eran superiores al hombre por su divinidad en condiciones y en limitaciones; sólo podría describirse los como preexistentes, inteligencias activas, con apenas más poderes de los que el ser humano podía esperar lograr mediante la magia o la brujería. Esta concepción explica cuan fácilmente lo divino se fundía con lo humano en la teología griega, y con cuánta frecuencia los antepasados divinos entraban en las historias familiares. (Con la palabra «teología» se designa el conocimiento de los dioses).

En las teologías antiguas hay clases de dioses muy diferentes. Algunas razas, como la de los modernos indios, muestran una gran profusión de dioses y dioses menores que aumentan sin cesar. Otras, como la de los turanios, bien babilonios, sumerios, siberianos modernos o chinos, no adoptan el culto de grandes dioses, sino que tratan con un serie de espíritus anímicos, fantasmas, demonios, o como queramos llamarlos; y el chamanismo o la hechicería son sus sistemas para protegerse de tales adversarios. Pero todos nuestros conocimientos acerca de las primitivas posiciones y la naturaleza de los grandes dioses los presentan de forma muy diferente a esos tan variados espíritus. Si la concepción de un dios fuese sólo una evolución del culto de uno de esos espíritus hallaríamos que el culto de muchos dioses precedió a la de un solo dios, que el politeísmo precedió al monoteísmo en tal tribu o raza. Lo que en realidad hallamos es lo contrario de esto, que el monoteísmo es la primera fase visible en teología. Por eso más bien debemos examinar el concepto teológico de las razas arias y semitas, separadamente del culto al demonio de los [uranios. En realidad, los chinos parecen tener una aversión mental al concepto de un dios personal, y a pensar en una serie de espíritus terrestres y otros demonios, y también a la abstracción panteísta del cielo.

Cuando seguimos las huellas del politeísmo hasta sus primeras fases hallamos que es el resultado de varias combinaciones de monoteísmo. En Egipto, incluso Osiris, Isis y Horus (una tríada tan familiar), estaban considerados como unidades separadas en lugares diferentes; Isis era una diosa virgen, y Horus un dios auto existente. Cada ciudad tenía su particular dios, al que se le añadieron otros. De la misma forma, en Babilonia cada gran

ciudad tenía su dios supremo, y las combinaciones de ellos, y su transformación a fin de constituirlos en grupos cuando sus hogares se unieron políticamente, demuestran que al principio eran unas deidades solitarias.

No solamente debemos distinguir ampliamente la demonología de las razas que adoraban a numerosos espíritus terrestres y demonios de la teología de las razas devotas a los grandes dioses solitarios, sino que hemos de distinguir las diversas ideas de esta última categoría. Casi todas las razas teológicas no han impedido el culto de otros dioses al lado de la deidad local. Es de esta manera cómo la combinación de las teologías edificó el politeísmo de Egipto y Grecia. Pero otras razas teológicas tenían el concepto de un «dios celoso», que no toleraba la presencia de un rival. No podemos datar esta concepción antes del mosaísmo, y esta idea combate con dureza la tolerancia politeísta. Este punto de vista reconoce la realidad de otros dioses, pero ignora sus reivindicaciones.

La última opinión es que los demás dioses eran no-existentes, postura adoptada originalmente por los profetas hebreos por su desprecio a la idolatría, postura apenas captada por los primitivos cristianos, pero sostenida triunfalmente por el Islam.

Por tanto, hemos de tratar con las siguientes concepciones, que entran en dos grupos principales, probablemente pertenecientes a las distintas divisiones de la humanidad:

- Animismo
- Demonológica

- Monoteísmo tribal.
 - Combinaciones que forman el politeísmo tolerante.
 - Monoteísmo celoso.
 - Monoteísmo único.
- En cualquier fase, la unidad de los diferentes dioses puede aceptarse como un *modus vivendi* o como una filosofía.

Todo esto requiere ser mencionado aquí ya que, más o menos, cada principio, animismo y monoteísmo a la par, pueden seguirse a través de las innumerables combinaciones halladas durante los seis mil años de la religión egipcia; siendo estas combinaciones de creencias debidas a las combinaciones de las razas a las que pertenecían.

Capítulo II

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Antes de poder entender cómo eran las relaciones entre el hombre y los dioses debemos observar las concepciones de la naturaleza del hombre. En los tiempos prehistóricos de Egipto la posición y la dirección del cuerpo eran siempre las mismas en todos los entierros, y las ofrendas de alimentos y bebidas las colocaban al lado del ataúd, así como las figuras de los sirvientes y los muebles, incluso los juegos, se incluían en la tumba. Por consiguiente, hay que llegar a la conclusión de que existía la creencia en la inmortalidad, lo que dio como resultado un ritual sumamente detallado de la muerte, a pesar de no poseer evidencia escrita de ello.

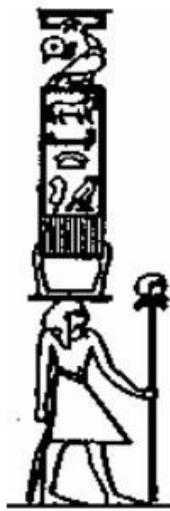
Tan pronto como se ha llegado a la era de la documentación, hallamos en las losas funerarias que la persona se significaba por el *khu* entre los brazos del *ka*. Por los últimos escritos se ha visto que el *khu* se aplicaba al espíritu del hombre, en tanto que el *ka* no era el cuerpo sino las actividades de la sensación y la percepción. Así, en la primitiva época documentada creían que dos entidades vitalizaban el cuerpo.

Se nombraba con mayor frecuencia al *ka* que a cualquier otra parte, como si todas las ofrendas funerarias se hubieran hecho por el *ka*. Se aseguraba que si en vida no se aprovechaban todas las oportunidades de satisfacción, ello era muy perjudicial para el *ka*, y que no había que enojarle sin necesidad; por tanto era más que percepción e incluía todo lo que nosotros llamamos conciencia. Tal vez lo comprendamos mejor si lo llamamos el «Yo», con la misma variedad de significado que tenemos en nuestro mundo. Al *ka* se lo representaba como a un ser humano sucesor del hombre; había nacido al mismo tiempo que el hombre, pero persistía después de la muerte y vivía en tomo a la tumba. Podía actuar y visitar a los otros *ka* después de la muerte, pero no podía soportar el último toque de la fuerza física. Siempre se lo representaba con dos brazos levantados, o sea las partes actuantes de la persona. Aparte del *ka* de hombre, todos los objetos tenían su *ka*, comparable

al humano, y entre éstos vivía el *ka*. Este punto de vista conducía estrechamente al mundo de las ideas que se filtran en el mundo material de acuerdo con la filosofía.

El *khu* se representaba como un pájaro con cresta, lo que tenía el significado de «glorioso» o «brillante», en el uso ordinario. Se refería a un concepto menos material que el *ka*, y podría denominarse la inteligencia o el espíritu.

El *khat* era el cuerpo material del hombre, que era el vehículo visible del *ka*, habitado por el *khu*.



El *ka* (o «yo») de un rey con el cartucho que ostenta su nombre

El *ba* pertenecía a una neumatología diferente de la que acabamos de observar. Era el alma separada del cuerpo, representada como un ave con cabeza humana. Este concepto probablemente surgió de los mochuelos blancos, con cabezas redondeadas y expresión casi humana, que frecuentaban las tumbas volando silenciosamente en sus idas y venidas. El *ba* solicitaba comida y bebida, todo lo cual lo aportaba la diosa del cementerio. De este modo se superponía al objetivo del *ka* y probablemente pertenecía a una raza distinta de la que definía el *ka*.

El *sahu* o momia se asociaba especialmente con el *ba*, y el pájaro *ba* se mostraba a menudo descansando sobre una momia o tratando de volver a entrar en ella.

El *khaybet* era la sombra de un hombre; se conoce bien la importancia de la sombra en las ideas primitivas.

El *sekhem* era la fuerza o poder rector del hombre, aunque se mencione raras veces.

El *ab* era la voluntad y las intenciones, simbolizadas por el corazón; usado en frases a menudo como un ser humano «en el corazón de su señor», «la amplitud del corazón" para satisfacción; el «lavado del corazón" para dar salida al carácter.

El *hati* es el corazón físico, el órgano «principal» del cuerpo, también utilizado metafóricamente.

Ran era el nombre esencial para el hombre, y asimismo a los objetos inanimados. Sin un nombre nada existiría realmente. El conocimiento del nombre daba poder sobre su dueño; un gran mito gira en torno a Isis, que obtuvo el nombre de Ra mediante una estratagema, logrando así los dos ojos de Ra —el sol y la luna—, para su hijo Horus. Tanto en las razas antiguas y modernas, el conocimiento del nombre verdadero de un hombre se guarda cuidadosamente, y a menudo se usan los nombres secundarios con propósitos seculares. Era usual que los egipcios tuvieran un «gran nombre» y un «pequeño nombre", y el primero solía estar compuesto con el de un dios o un rey, y probablemente eran reservados para objetivos religiosos, como solamente se halla en los monumentos religiosos y funerarios.

No debemos suponer en absoluto que todas esas partes de una persona tuviesen la misma importancia, o fuesen creídas simultáneamente. El *ka*, *khu* y *khat* parecen haber formado un grupo; *ba* y *sahu* pertenecen a otro; *ab*, *hati* y *sekhem* son apenas algo más que metáforas, como las que solemos usar normalmente; *khaybet* fue una idea posterior que probablemente pertenecía al sistema del animismo y la brujería, donde la sombra daba sostén al hombre. El *ran*, nombre, pertenece parcialmente al mismo sistema, pero también era el germen de la posterior filosofía de la idea.

El objetivo de la religión egipcia era asegurarse el favor del dios. Apenas hay rastros de plegarias negativas para eludir el mal o alejar las influencias malvadas, y sí los hay de plegarias positivas para obtener favores concretos. De la parte de los reyes, esto es usualmente del tipo Jacob, ofreciéndole al dios la construcción de templos y servicios a cambio de la prosperidad material. El egipcio se hallaba esencialmente autosatisfecho, no tenía la confesión para el pecado o el error, ni pensaba en el perdón. En el juicio, afirmaba atrevidamente que estaba libre de los cuarenta y dos pecados que podrían impedir su entrada en el reino de Osiris. Si no conseguía establecer su inocencia al pesar su corazón, no había otra súplica puesto que quedaba

consumido por el fuego y por un hipopótamo, por lo que no le quedaba la menor esperanza.

Capítulo III

LA VIDA FUTURA

Las diversas creencias de los egipcios respecto a la vida futura son tan distintas y tan incompatibles entre sí, que podrían clasificarse en grupos mucho más fácilmente que la teología, y de este modo sirven para indicar los variados orígenes de la religión.

La forma más sencilla de creencia era la de la existencia continua del alma en la tumba y el cementerio. Incluso en el Alto Egipto dejaban un orificio sobre la cámara mortuoria, y yo mismo vi a una mujer remover la tapa de ese orificio y hablar con su difunto esposo. También las ofrendas funerarias de comida y bebida, y hasta de lechos, todavía se colocan en las tumbas. Un sentimiento similar, sin ninguna creencia precisa, indudablemente impulsó las formas primitivas de aprovisionar a los muertos. El alma vagaba por su tumba en busca de sustento y era alimentada por una diosa que moraba en los gruesos sicómoros que daban sombra al cementerio. Se la representaba vertiendo una bebida para el *ba* y sosteniendo una bandeja con pasteles para tal nutrición. En la tumba encontramos confirmación a esta creencia en las jarras de agua, vino y tal vez otros líquidos, los depósitos de maíz, los gansos, las piernas y cabezas de buey, las pastas, los dátiles y las granadas, dejado todo allí para el difunto. En la tumba de uno de los primeros reyes había varias cámaras atestadas de tales artículos. También había armas para su defensa y para la caza, objetos de tocador, montones de ropas, figuras de servidores e incluso literatura en papiros enterrados con el muerto. La forma final de este sistema fue la representación de todas estas ofrendas en esculturas y dibujos dentro de la tumba. Esta modificación perteneció probablemente a la creencia en el *lía*, que podía ser sustentado por el *ka* de la comida y el uso del *ka* de los demás artículos, al suponer que las figuras de los tales proporcionaban sus respectivos *ka*. Este sistema se completaba en sí mismo, y no suponía ni requería ninguna conexión teológica. Podría

pertenecer a una época de simple animismo y ser una supervivencia de la misma en tiempos posteriores.

El sistema teológico más importante era el del reino de Osiris. Este era la contrapartida de la vida terrenal, pero estaba reservado a lo meritorio. Todos los muertos pertenecían a Osiris y eran llevados a su presencia para ser juzgados. Se efectuaba la protesta de ser inocente de los cuarenta dos pecados, y luego se pesaba el corazón contra la verdad, simbolizada por la pluma de avestruz, emblema de la diosa de la verdad. Por esa pluma, emblema de ligereza, colocada sobre el corazón al ser éste pesado, se consideraba que los pecados pesaban contra dicho corazón, y era necesario demostrar la ligereza de éste. Thoth, dios que registraba el peso, declaraba que el alma abandonaba la sala del juicio, con la voz y todos los miembros restaurados en su cuerpo y que debía seguir a Osiris a su reino. Al principio, se creyó que el reino de Osiris estaba situado en las marismas del delta del Nilo, pero cuando ese delta se hizo familiar, el reino de Osiris fue trasladado a Siria y finalmente al nordeste del cielo, donde la Vía Láctea se convertía en el Nilo celestial. La principal ocupación de ese reino era la agricultura, igual que en la tierra; las almas rastrillaban el suelo, sembraban los cereales y cosechaban las espigas del maíz celestial, más altas y gruesas que las de nuestro mundo. En ese reino bogaban por los ríos celestes, se sentaban en glorietas sombreadas, y se dedicaban a los juegos que más habían amado. Pero el cultivo era pesado y por eso debían llevarlo a cabo numerosos siervos. Según parece, en los comienzos de la monarquía los sirvientes del rey eran enterrados a su alrededor para seguir sirviéndole en la vida futura; pero esta costumbre se fue perdiendo desde las dinastías II a la XII y solamente se enterraban en la tumba las figuras de los esclavos. A esas figuras se les ponía la azada para remover el suelo, el pico para romper las pellas de tierra, un cesto para llenarlo con esa tierra, una regadera para mantener bien húmedas las cosechas, y eran inscritos por orden a fin de que pudieran responder a la llamada de su amo cuando éste quisiera que aquél fuese a trabajar al campo. En la dinastía XVIII, las figuras tenían a veces los instrumentos originales enterrados con ellas, aunque normalmente los mismos sólo estaban pintados o en relieve. Esta idea continuó hasta que en los tiempos griegos se tuvo una visión menos material de la vida futura; entonces se dijo que el muerto «se iba a Osiris», en tal año de su edad, y no se dejaban en la tumba figuras de ninguna clase. Esta visión del futuro se completaba en sí misma, y era proporcionada apropiadamente en la tumba.

Una tercera visión de la vida futura pertenece a un sistema teológico muy diferente, o sea el del progreso de Ra, el dios-sol. Según ese sistema, el alma se une con el sol poniente en el Oeste y suplica se le permita entrar en la barca solar en compañía de los dioses; así es llevada por la eterna luz y salvada de los terrores y los demonios de la noche sobre los que triunfa el sol. No hay ocupaciones en esa vida futura, pues su propósito sería tan sólo el reposo en la divina compañía, y el victorioso rechazo de los poderes de las tinieblas a cada hora de la noche mediante ciertos hechizos, siendo ésta toda la actividad de tal sistema. Para proporcionar una barca modelo para el viaje solar, la misma se colocaba en la tumba con figuras de remeros para que los muertos pudieran llegar al sol, o a la real barca solar. Esta visión del futuro implicaba un viaje al Oeste y de aquí nació la creencia de que el alma se ponía como el sol para atravesar el desierto hacia el Oeste. También hallamos un dios primitivo de los muertos, Khent-amenti, «el que está en el Oeste», nacido probablemente del sistema anterior. Este dios fue identificado más tarde con Osiris, cuando se realizó la fusión de las dos teorías sobre el alma. En Abydos, solamente se denominó Khent-amenti al principio, y Osiris apareció más adelante, aunque ese cementerio acabó por ser considerado como dedicado especialmente a Osiris.

Bien, en todos esos sistemas enumerados no existe ninguna alusión a la conservación del cuerpo. En el cementerio se alimentaba al *ba* y no al cuerpo. Era un cuerpo inmaterial el que entraba en el reino de Osiris, en el cielo. Era un cuerpo inmaterial el que podía acompañar a los dioses en la barca del sol. En realidad, no hay nada acerca de la momificación del cuerpo. Tal como aparece en las primeras dinastías. La desmembración de los huesos y la extirpación de la carne, costumbre de los tiempos más primitivos, que sobrevivió hasta la dinastía V, estaría de acuerdo con cualquiera de esas teorías, todas las cuales fueron seguramente predinásticas. Pero la momificación del cuerpo sólo se efectuó en las dinastías III o IV, siendo, por tanto, posterior a las teorías enumeradas. Esta idea de conservar el cuerpo parece apuntar a la posibilidad de una resurrección posterior en la tierra y no en la creencia de una nueva vida personal inmediatamente después de la muerte. El acompañamiento del entierro según este sistema era la abundancia de amuletos colocados en diversas partes del cuerpo para conservarlo. Se han encontrado varios amuletos como brazaletes y collares de los primeros tiempos, pero el sistema completo de los amuletos no obtuvo pleno desarrollo hasta la dinastía XXVII y duró hasta la XXX.



... se pesaba el corazón contra la verdad, simbolizada por la pluma de avestruz, emblema de la diosa de la verdad (escena de una de las múltiples versiones del *Libro de los Muertos*).

Hemos intentado separar las diferentes clases de creencias, considerando lo que era incompatible entre ellas. Pero en la práctica hallamos cada forma de combinación de esos sistemas en casi todas las épocas. En los tiempos prehistóricos, fue constante la conservación de los huesos y no de la carne; y las ofrendas de alimentos demuestran al menos que era familiar la teoría del alma vagando por el cementerio. Probablemente, la teoría de Osiris pertenece asimismo a los últimos tiempos prehistóricos, pues el mito de Osiris es seguramente más antiguo que las dinastías. El culto a Ra se asocia especialmente con Heliópolis y pudo dar nacimiento a la unión con Ra antes de las dinastías, cuando Heliópolis era tal vez la capital de los reyes del Bajo Egipto. Esto lo apoyan las barcas que figuran en las prehistóricas tumbas de Hierakónpolis. En la primera dinastía no hubo momificación conocida, abundando en cambio las ofrendas, siendo nombrados el *khu* y el *ka*. Nuestros documentos no aportan pruebas sobre las teorías de Ra y Osiris. En el período de las pirámides, al rey se le llamaba Osiris, y éstas son las principales inscripciones de las pirámides, aunque también esté presente la incompatibilidad de la teoría de Ra; el cuerpo era momificado, pero las ofrendas funerarias de alimentos parecen haber disminuido bastante. En las

dinastías XVIII y XIX, la teoría de Ra ganó terreno sobre la de Osiris, y la base de casi todos los sistemas del futuro es la unión con Ra durante el día y la noche. La teoría de la momificación y de los amuletos no era la dominante, aumentando por el contrario toda clase de ofrendas. En la dinastía XXVI casi decayó por completo la teoría de Ra; el reino de Osiris y su población de figuras de esclavos es la visión más familiar, siendo esencial la conservación del cuerpo. Las ofrendas de alimentos casi nunca aparecen en los últimos tiempos. Este dominio de Osiris lleva al culto antropomórfico, que intervino en el crecimiento del cristianismo, como se verá más adelante. Finalmente, cuando todos los sistemas teológicos sobre el futuro hubieron perecido, la idea más antigua de todas, la de los alimentos, la bebida y el descanso de los muertos, todavía planeaba sobre los sentimientos de la gente a pesar de las enseñanzas del Islam.

Capítulo IV

CULTO ANIMAL

En muchos países se ha practicado el culto a los animales, pero en Egipto se mantuvo incluso en la cima de su civilización, más que en ningún otro lugar del globo, y la mezcla de ese sistema primitivo con otras creencias más elevadas les pareció tan rara a los griegos como nos lo parece a nosotros. El primitivo motivo fue cierto parentesco entre los animales y el hombre, algo semejante al totemismo. Cada lugar o tribu tenía sus especies sagradas relacionadas con la tribu o la comunidad; la vida de tales especies se preservaba cuidadosamente, exceptuando el caso seleccionado para el culto, la cual al cabo de algún tiempo era matada y comida sacramentalmente por todos los miembros de la tribu. Tal fue ciertamente el caso del toro de Menfis y del camero de Tebas. En un sitio o en otro, todas las especies animales han sido consideradas sagradas, y esto se demuestra mediante los castigos decretados por la muerte de cualquier ejemplar de una especie dada, por el conjunto del entierro y hasta por la momificación de cada ejemplar, así como por la forma plural de los nombres de los dioses posteriormente relacionados con los animales, Heru, halcones, Khnumu, carneros, etcétera.

En los tiempos prehistóricos la serpiente era sagrada; y por eso las figuras de serpientes enroscadas se colgaban en las paredes de las casas y eran consideradas como amuletos; de igual manera, en los tiempos históricos, la figura de la serpiente agathodemon fue colocada en un templo de Amen-hotep III en Benha. En la primera dinastía la serpiente la fabricaban los alfareros, usándola como guardafuegos en torno al hogar. El halcón también aparece en muchas figuras predinásticas, ancho y pequeño, tanto como amuleto de la persona como llevado en calidad de estandarte. El león estaba en las figuras de los templos, de tamaño natural, como objetos menores dignos de culto, y como amuleto personal. En las épocas prehistóricas también se adoró al escorpión.

Resulta difícil ahora separar los animales que se adoraban independientemente de los que estaban asociados a emblemas de los dioses antropomorfos. Probablemente tenemos razón al pensar que ambas clases de animales fueron consideradas sagradas en épocas muy remotas, habiendo sido subsiguiente su relación con la forma humana. Las ideas conectadas con animales fueron las correspondientes a sus características más prominentes, de manera que, al parecer, cada animal era adorado de acuerdo con su carácter y no por una fortuita asociación con una tribu.

El mandril era considerado el emblema de Tahuti, dios de la sabiduría, pues la grave expresión y los modales humanos de este animal significaron una causa más que obvia para que fuera considerado el más sabio de los animales. A Tahuti se lo representaba como un mandril desde la primera dinastía hasta una época muy posterior, y en el templo de Hermópolis se adoró a cuatro mandriles sagrados, a los que se representó a menudo adorando al sol, idea debida a su costumbre de parlotear al salir el astro rey.

Las leonas aparecen en las figuras conjuntas de las diosas Sekhet, Bast, Mahes y Tefnut. En forma de Sekhet, la leona es el poder destructor de Ra, el sol; fue Sekhet la que, según la leyenda, destruyó a la humanidad desde Herakieópolis a Heliópolis en el mandato de Ra. Las otras diosas leonas eran también deidades destructoras o cazadoras. Asimismo, aparecen las menores *félidos*; el *guepardo* y el *serval* eran consagrados a Hathor en Sinaí; los gatos pequeños eran consagrados a Bast, especialmente en Speos Artemidos y Bu bastís.

Al toro se lo adoraba en muchos lugares, y tal culto subraya la de los dioses humanos, de los que se dice que encarnaban en dicho animal. La idea era la de la fuerza combativa, como cuando se representaba al rey pisoteando a sus enemigos, y a la fuerza reproductora, como en el título de los dioses autorrenovados, «toro de su madre». El más renovado fue el *Hapi* o toro Apis de Menfis, en el que se dice que encarnó Ptah, y que fue osirificado, convirtiéndose en Osir-hapi. Esto parece haber originado el gran dios ptolemaico Serapís, así como que, con toda seguridad, el mausoleo de toros fue el Serapeum de los griegos. Otro toro de una cría más masiva fue el *Urmer* o Mnevis de Heliópolis, en quien se encarnó Ra. Un tercer toro era *Bakh* o Bakis de Hermonthis, la encarnación de Mentu. Como cuarto toro, *Ka-nub* o Kanobos, era adorado en la ciudad de este nombre. La vaca era identificada con Hathor, que aparece con orejas y cuernos de vaca y que probablemente es la diosa-vaca Asta-roth o Istar de Asia. Isis, como identificada con Hathor, también se unió a esta conexión.

El carnero también fue adorado como dios procreador en Mendos, en el Delta, identificado con Osiris; en Herakleópolis identificado con Hershefi; en Tebas con Amón y en la primera catarata con Khnumu el creador. Los etíopes asociaron al carnero con Amón, y en la leyenda griega de Nectanebo, el último faraón, tras visitar mediante magia a las Olimpías y ser padre de Alea, llegó a ser la encarnación de Amón vestido con una piel de carnero.

El hipopótamo era la diosa Ta-urt, «la grande», patrona del embarazo, que jamás se mostró bajo ninguna otra forma. Algunas veces ese animal aparece como emblema del dios Set.

El chacal rondaba por los cementerios al borde del desierto, llegando a ser considerado guardián de los muertos e identificado con Anubis, el dios de las almas difuntas. Otro aspecto del chacal era como trazador de senderos en el desierto; los senderos del chacal son las mejores guías para caminos practicables, y para evitar valles y precipicios, por lo que ese animal era conocido como Up-uat, «el que abre caminos», enseñando a los muertos el camino a través del desierto occidental. Varias especies de perros fueron consideradas sagradas y momificadas, generalmente, por confundirlos con el chacal. También eran sagradas la mangosta y la musaraña, aunque sin ser identificadas con ningún dios humano.

El halcón era el ave sagrada más importante identificada con Horus y Ra, el dios-sol. Era adorado principalmente en Edfu y Hierakónpolis. Se suponía que las almas de los reyes volaban al cielo en forma de halcón, debido esto tal vez a la realeza originaria del distrito Halcón en el Alto Egipto. Seker, el dios de los muertos, aparece como un halcón momificado, y en su barca hay numerosos halcones pequeños, quizá las almas de los reyes que se le han unido. El halcón momificado era asimismo Sopdu, el dios del Este.



El buitre era el emblema de la maternidad, pues se suponía que cuidaba esmeradamente de sus pequeñuelos. Por eso se lo identificó con Mut, la diosa-madre de Tebas. Las madres-reinas llevaban en la cabeza tocados en forma de buitre, y a estos se les ve planeando sobre los reyes para protegerles, y en los techos de los pasajes de las tumbas solía haber una fila de buitres para proteger el alma. Al ibis se lo identificaba con Tahuti, el dios de Hermópolis. El ganso se relacionaba con Amón de Tebas. También era sagrada la golondrina.

Al cocodrilo se lo adoraba especialmente en El Fayum, donde frecuentaba las marismas a nivel del gran lago, y es muy familiar la descripción que realizó Estrabón acerca de la manera de alimentar a los cocodrilos. También era adorado en Onufis, y en Nubti y Ombos era identificado con Set, siendo considerado como sagrado. Además de los nombres de Sebek o Soukhos en Fayum, allí era asimismo identificado con Osiris, como el dios occidental de los muertos. La rana era el emblema de la diosa Heqt, pero sin ser adorada.

La serpiente cobra ha sido sagrada desde los tiempos más primitivos hasta la actualidad. Nunca fue identificada con alguna de las grandes deidades, pero tres diosas aparecen en forma de serpiente: Uazet, la diosa de Buto en el Delta; Mert-Seger, «la amante del silencio», la diosa de la necrópolis de Tebas, y Rannut, la diosa de las cosechas. La memoria de las grandes pitones de los días prehistóricos aparece en los monstruos con cuello de serpiente sobre las paletas de pizarra, en los comienzos de la monarquía, y la inmensa serpiente Apap del mundo subterráneo aparece en la mitología posterior. La serpiente, no obstante, ha sido siempre un animal de culto especial, aparte de los dioses específicos. Ya se observó en los amuletos prehistóricos, y enroscada alrededor de los hogares de las primeras dinastías. Se momificaba a las serpientes, y al llegar a la clara evidencia del culto popular, en las figuras de terracota y en las joyas de los últimos tiempos, la serpiente está representada de manera harto prominente. Usualmente se las representaba de dos en dos, a menudo con la cabeza de Serapis, y la otra de Isis, es decir como macho y hembra. En los tiempos más modernos se adoró a una serpiente en Sheykh Heridy, y se le atribuyeron curaciones milagrosas.

Había varios peces sagrados, como el oxirrinco, fagros, lepídotos, latos y otros, pero sin ser identificados con dioses, y se ignora si eran venerados. El escorpión era el emblema de la diosa Selk y se halla en amuletos prehistóricos, pero no se sabe si era adorado, puesto que con frecuencia

representaba al mal, mientras que Horus se muestra dominando a las criaturas malignas.

Es de observar que casi todos los animales que eran adorados poseían unas cualidades que los hacían notables, en relación con las cuales eran venerados. Si el culto animal se debía al totemismo o el sentido de hermandad animal en ciertas tribus, también debemos suponer que esto se debía a las cualidades del animal en cuestión, mientras que el totemismo de otros países no parece deberse a la veneración de las cualidades especiales de los animales. Por consiguiente, es mucho más probable que el culto a los animales se debiera simplemente al carácter de cada animal, y no fuese fruto de un verdadero totemismo, aunque cada animal llegara a ser asociado con el culto de una tribu o distrito particular.

Capítulo V

LOS GRUPOS DE DIOSES CON CABEZA DE ANIMAL

En un país como Egipto, que estuvo sujeto a diversas invasiones, era de esperar que hubiera una gran diversidad de deidades y una teología complicada e inconsistente. Discriminar a las principales clases de concepciones de dioses es el primer paso a dar hacia la comprensión del auge de los sistemas. La amplia división de dioses animales y dioses humanos es obvia, y el tipo mixto de figuras humanas con cabezas animales es claramente una adaptación de los dioses animales a las posteriores concepciones de un dios humano. Otro elemento de separación valioso reside en los nombres compuestos de los dioses. Es imposible suponer que un pueblo uniera a dos dioses, que les pertenecían primitivamente; no habría ningún motivo para la coexistencia de dos dioses similares en un solo sistema, y jamás se oyó hablar en la mitología clásica de un Hermes-Apolo, o una Pallas-Artemisa, mientras que Zeus se compuso con la mitad de los dioses bárbaros de Asia. Así en Egipto, cuando hallamos compuestos tales como Amón-Ra, o Ptah-Sokar-Osiris, tenemos la certidumbre de que cada nombre del compuesto deriva de una raza distinta, y que la operación unificadora tuvo lugar con dioses pertenecientes a orígenes totalmente diferentes.

Debemos impedir que nuestras modernas ideas se mezclen con las más antiguas. Como observamos en el primer capítulo, cada tribu o localidad parece haber tenido originalmente un solo dios, y ciertamente cuanto más remota nuestra visión, tanto más separados están los dioses. Por eso, en cada distrito o tribu, el dios tenía un solo nombre, el suyo propio, y habría parecido tan extraño discriminarlo de los dioses vecinos como se lo parecería a un cristiano de Europa si especificara que no se refería a Alá, Shiva o el Cielo al hablar de Dios. Por eso hallamos descripciones genéricas usadas en vez del nombre de Dios, como «señor del cielo», o «señora de la turquesa», en tanto es seguro que dioses específicos como Osiris y Hathor estaban en la mente del pueblo. Un nombre genérico como «dios» o «el dios» no implica que los

egipcios reconocieran una unidad de todos los dioses, así como en el Antiguo Testamento no se implica que Yaveh fuese uno solo con Chemosh o Baal. La sencillez del término solamente demuestra que no había ninguna idea acerca otros objetos de culto.

Ya se ha hablado de los dioses puramente animales; acto seguido, describiremos a los que se combinaban con una forma humana y luego a los exclusivamente humanos en su carácter; después a los que eran dioses naturales y finalmente a de carácter abstracto. Los dioses pertenecientes a los pueblos que no conquistaron u ocuparon Egipto, deben catalogarse como dioses extranjeros.

Dioses con cabeza de animal. —Aparte del culto de especies animales, que vimos en el capítulo anterior, algunos animales eran combinados con la forma humana. Era siempre la cabeza del animal la que se unía al cuerpo de un hombre; el único caso contrario, o sea una cabeza humana en un cuerpo animal —las esfinges—, representaban a un rey y no a un dios. Posiblemente esta combinación se debió a los sacerdotes que se ponían una cabeza de animal al representar a un dios, así como el sumo sacerdote lucía una piel de carnero al personificar a Amón, Pero cuando observamos las frecuentes combinaciones y el amor al simbolismo, según se ve en las primitivas tallas, la unión del antiguo animal sagrado con la forma humana está de acuerdo con las ideas y los sentimientos de los primitivos egipcios. Muchos de estos dioses compuestos jamás surgieron de la conexión animal, debiendo ser considerados como pertenecientes a la fase más remota de la teología.

Seker era un dios menfita de los muertos, independiente del culto a Osiris y Ptah, aunque estaba combinado con ellos como Ptah-Seker-Osiris, y como mantenía un lugar frente del gran culto a Ptah, probablemente era un dios más antiguo, lo cual queda indicado por haber sido representado totalmente como un animal, hasta una fecha bastante moderna.

La sagrada barca de Seker muestra su imagen junto con la de un halcón momificado, y a lo largo de la embarcación hay una hilera de halcones que probablemente sean los espíritus de los reyes difuntos que seguramente se unieran a Seker en su viaje al mundo de los muertos. Así como hay a menudo dos formas aliadas de una misma raíz, una escrita con *k*, otra con *g*^[1] es probable que Seker estuviera aliado con **Mert Seger** (Amor al silencio) que era una diosa funeraria de Tebas, representada usualmente como una serpiente. Por ser solamente conocida en forma de animal, y no estar relacionada con ninguna elaborada teología, al parecer esta diosa fue una primitiva deidad de los muertos. Por lo visto, pues, los dioses de los grandes

cementerios eran conocidos como Silencio y Amor al Silencio, y ambos procedían de la época de las deidades animales. Seker, posteriormente, se convirtió en una figura humana con cabeza de halcón.

Dos deidades importantes de los primeros tiempos fueron **Nekhbt**, la diosa buitre del reino del sur, centrado en Hierakónpolis, y **Uazet**, la diosa serpiente del reino del norte, centrado en Buto. Aparecen las dos en todas las épocas como emblemas de los dos reinos, con frecuencia en calidad de soportes a cada lado de los nombres reales; en los últimos tiempos aparecen como diosas humanas, coronando al rey.

Khnumu, el creador, fue el gran dios de la catarata. Se lo muestra como un obrero junto a un torno de alfarero y se dice que así modeló a una mujer. Debe pertenecer a un origen diferente del de Ptah o Ra, y era el principio creador en la época de los dioses animales, viéndosele casi siempre con cabeza de carnero. Fue popular hasta los últimos tiempos, en cuyo período se encuentran amuletos con su figura.

Tahuti o **Thoth** fue el dios de la escritura y la educación, siendo asimismo la principal deidad de Hermópolis. También casi siempre tenía una cabeza de ibis, el ave a él consagrada. También el mandril es uno de sus frecuentes emblemas, pero nunca se lo figuró con cabeza de mandril. El ibis aparece de pie en una capilla en una tablilla de Mena; Thoth es el constante secretario en las escenas del juicio, y hasta los tiempos romanos fue considerado como el parrón de los escribas. Un rey de la dinastía XVIII incorporó a su nombre el de Thoth-mes, «nacido de Thoth», debido a su origen hermopolitano.

Sekhmet es la diosa leona, que simboliza la fiereza del calor solar. Aparece en el mito de la destrucción de la humanidad, matando a los enemigos de Ra. Su única forma tiene cabeza de leona. Pero se funde imperceptiblemente con

Bastet, de cabeza de gato. Era la diosa de Pa-bast o Bubastis, y se celebraban magníficos festejos en su honor. Su nombre se encontró en el comienzo de los tiempos de las pirámides, pero su principal período de popularidad fue el de los Shishaks, que regían desde Bubastis, siendo muy frecuentes imágenes suyas como amuletos. Es posible por su nombre que esta diosa felina, de la que se conoce su rigen extranjero, fuese la forma femenina del dios Bes, ataviado con una piel de león, y que también procedía del Este (véase capítulo IX).

Mentu era el dios-halcón de Erment al sur de Tebas, que en las dinastías XVIII a la XX, se convirtió en el dios de la guerra. Aparece con cabeza

de halcón, y a veces como una esfinge con cabeza de halcón, llegando a ser confundido con Ra y Amón.

Sebek se representa como un hombre con cabeza de cocodrilo, aunque carece de importancia teológica y siempre fue solamente un dios local de algunos distritos.

Heqt, la diosa simbolizada por la rana, fue la patrona del nacimiento y asistía durante la infancia de los reyes. Fue una deidad popular, y general, sin estar asociada a lugares particulares.

Hershefi era el dios con cabeza de carnero, de Hera-kleópolis, y jamás se ha hallado fuera de esa región.



Khnumu o Khnum, el dios con cabeza de carnero, entre Isis y su hermana Nefthis.

Ahora describiremos a los tres dioses con cabeza de animal que se asociaron con el gran grupo asirio de los dioses humanos. **Set** o **Setesh** fue el dios de los habitantes prehistóricos anees de la llegada de Horus. Siempre lleva la cabeza de un animal fabuloso, con las orejas cuadradas muy enhiestas y una larga nariz. Cuando está con una forma enteramente animal, luce una larga cola bien erguida. El tipo primitivo fue animal semejante a un perro, como en la segunda dinastía, pero más tarde prevaleció la forma humana con cabeza de animal. Su culto sufrió graves fluctuaciones, Al principio fue el gran dios de todo Egipto, pero sus adoradores fueron desviándose

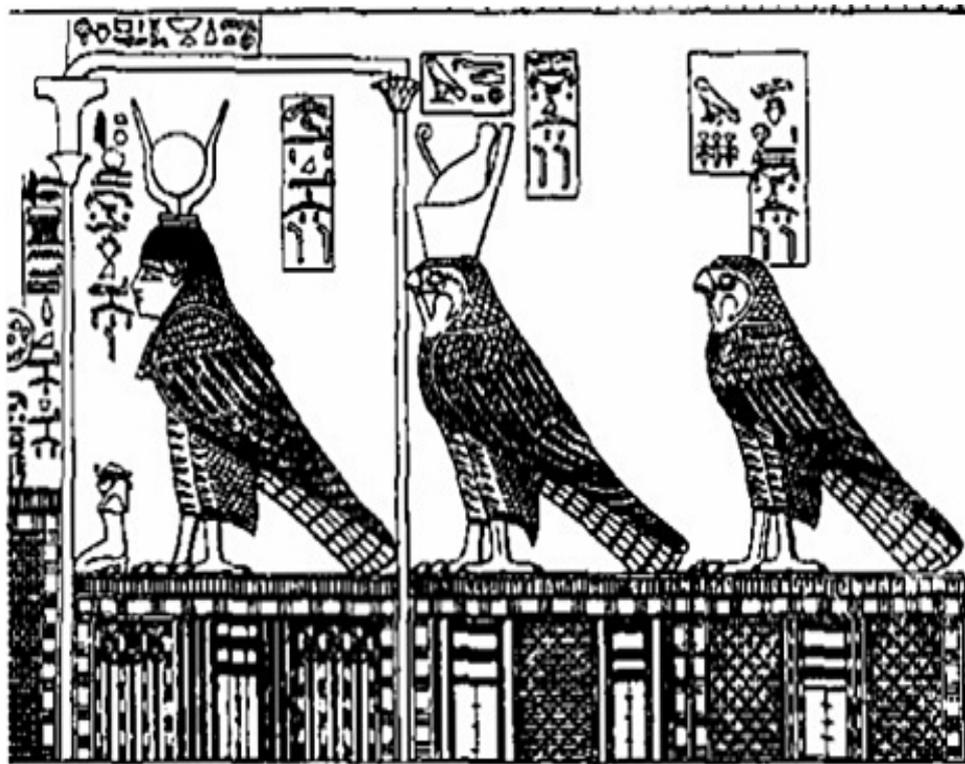
progresivamente hacia Horus, según se describe en una historia semítica. Después, apareció con fuerza en la dinastía II, cuyo último rey unió el culto de Set con la de Horus. En las primitivas fórmulas para los muertos se lo honra lo mismo que a Horus. Tras cierta supresión, volvió a gozar del favor real a principios de la dinastía XVIII, e incluso dio el nombre a los Seti I y II de la dinastía XIX. Más abajo se dará su participación en el mito de Osiris.

Anpu o **Anubis** fue originalmente el chacal guardián del cementerio y el jefe de los muertos en el otro mundo. Casi todas las primitivas fórmulas funerarias mencionan a Anpu en su montaña, o a Anpu señor del submundo. Como patrón de los muertos toma parte naturalmente en el mito de Osiris, dios de los muertos, y aparece guiando al alma para ser juzgada por Osiris.

Horus fue el dios-halcón del Alto Egipto, especialmente de Edfu y Hierakónpolis. Aunque era originalmente un dios independiente, y considerado incluso aparte como Horur, «Horus el Viejo», en los últimos tiempos estaba muy unido al mito de Osiris, probablemente como expulsor de Set, que fue también enemigo de Osiris. A menudo se lo representa como un halcón completo, más usualmente sólo con cabeza de halcón, y en los últimos tiempos aparece como el hijo de Isis, en forma totalmente humana.

Su función especial es la de derrotar al mal; en los primeros tiempos fue el conquistador de Set, más tarde el domador de los animales peligrosos, representado en un popular amuleto, y finalmente, ya en tiempos romanos, como un guerrero con cabeza de halcón yendo a caballo y matando a un dragón, estilo San Jorge. También estaba unido a las primitivas ideas cristianas; y la mata de pelo de Horus unido a la cruz dio origen al *chi rho*, el monograma del Cristo.

Hemos descrito brevemente los principales dioses combinados con formas animales y humanas. Así vemos cómo la forma animal es generalmente la más antigua, siendo aparentemente independiente de la forma humana, que fue unida a ésta por un pueblo más antropomorfo. En realidad, todos esos dioses deben ser clasificados como pertenecientes al segundo estrato, si no a la más primitiva formación, de la religión egipcia. Y debemos asociar a esta teología la teoría funeraria del alma que precedió a las religiones de Osiris y Ra.



Distintos dioses con cabeza animal; Hathor de Denderah,
Horus de Edfu y Horus resplandeciente.

Capítulo VI

LOS DIOSES HUMANOS

Nos referiremos ahora a las deidades que siempre se representaron en forma humana y jamás se asociaron a figuras de animales; no tuvieron su origen en un culto cósmico o de la naturaleza, ni por ideas abstractas. Había tres divisiones en esta clase; la familia Osiris, la familia Amón y la diosa Neit.

Osiris (*Asar* o *Asir*) es la figura más familiar del panteón, pero es principalmente en las fuentes tardías donde encontramos el mito; y su culto estaba tan adaptada a armonizar con otras ideas que es preciso tener mucho cuidado para obtener su verdadera posición. Las partes osirianas del *Libro de los Muertos* son ciertamente muy primitivas y preceden a las partes solares, aunque ambas ideas estaban ya mezcladas en el texto de las pirámides. No existe la menor duda de que el culto a Osiris se remonta a la era prehistórica. En las ofrendas de las tumbas primitivas se nombraba a Anubis, el cual fue sustituido por Osiris en las dinastías V y VI. En la época de las pirámides hallamos que los reyes se llamaban Osiris, llegando a su apoteosis en los festejos *sed*, pero desde la dinastía XVIII en adelante cada persona bien justificada tenía derecho a ostentar el nombre de Osiris, por estar unida al dios. Su culto se desconocía en los templos primitivos de Abydos, y tampoco se menciona en las cataratas, aunque en tiempos posteriores llegó a ser la deidad principal de Abydos y Philae. Así, el reconocimiento de Osiris siguió aumentando en todas direcciones; pero al estudiar la antigüedad de ese culto, hemos de reconocer en ese cambio el triunfo gradual de una religión popular sobre una religión estatal que le había sido impuesta al pueblo. La fase primitiva del osirismo que podemos identificar se halla en algunos fragmentos del *Libro de los Muertos*. Estos asumen el reino de Osiris y un juicio antes de la admisión en el futuro bendito; el carácter totalmente humano de Osiris y su familia se hallan implícitos allí, y no hay la menor señal de un culto animal o natural hacia él. Es muy inseguro de qué modo puede ser seguido el mito en los escritos de Plutarco, de los tiempos romanos, desde unas fuentes más o

menos primitivas. Los principales esbozos, que pueden ser primitivos, son como sigue. Osiris fue un rey de Egipto muy civilizado, asesinado por su hermano Ser y setenta y dos conspiradores. Isis, su esposa, halló el ataúd de Osiris en Biblos, Siria, y lo trasladó a Egipto. Entonces Set descuartizó el cadáver de Osiris y lo esparció por el país. Isis buscó los pedazos, los juntó y edificó una capilla sobre los mismos. Luego, Isis y Horus atacaron a Set y lo arrojaron fuera de Egipto, hasta que llegó al Mar Rojo. En otros aspectos, Osiris parece haber sido un dios del maíz, y la diseminación de los pedazos de su cadáver por Egipto es semejante a la conocida división del sacrificio al dios del maíz, y ese entierro de los pedazos en campos separados sirve para asegurar su fertilidad.

La manera de analizar la formación de los mitos primitivos viene sugerida por los conocidos cambios de los posteriores tiempos. Cuando dos tribus que adoraban a dioses diferentes se juntaban y una dominaba a la otra, se consideraba que el dios de los vencedores había dominado también al de los perdedores. La lucha de Horus con Set quedó expresivamente establecida en el Templo de Edfu que había sido en realidad una guerra tribal, en la que los seguidores de Horus vencieron a los seguidores de Set, establecieron guarniciones y puestos avanzados en varios lugares del valle del Nilo, hasta que finalmente echaron a los partidarios de Ser de todo el territorio. Por consiguiente, apenas podemos evitar pensar que la historia de la animadversión de Horus contra Set es la historia de las luchas entre los seguidores y adoradores de estos dos dioses.

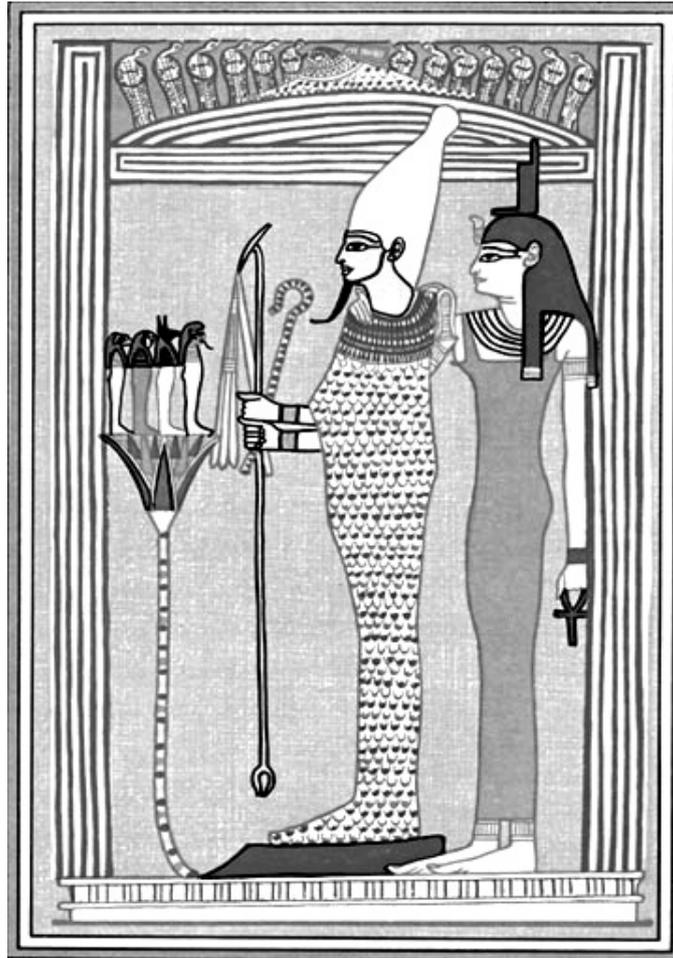
Si intentamos trazar la base histórica del mito de Osiris, hemos de tener en cuenta las costumbres y las ideas primitivas entre las que nació tal mito. El descuartizamiento del cadáver era el ritual regular del pueblo prehistórico, y (incluso hasta la dinastía v) los huesos eran tratados por separado cuando volvían a juntar el cadáver para su entierro. También hay que observar el festejo apoteósico del rey, que probablemente fuese su muerte en sacrificio y su unión con el dios, en la era prehistórica. El curso de los acontecimientos que pudieron servir de base para el mito de Osiris puede ser algo parecido a lo que sigue. Osiris fue el dios de una tribu que ocupaba una gran parte de Egipto. Los reyes de dicha tribu eran sacrificados al cabo de treinta años de reinado (como la muerte de los reyes a intervalos fijos en otros países), y así se convertían en el mismo Osiris. Desmembraban sus cuerpos, según costumbre de ese período, y el pueblo reunido se comía ceremoniosamente la carne (esto se hacía en los tiempos prehistóricos) y los huesos se distribuían entre los diversos centros de la tribu, la cabeza a Abydos, el cuello, el

espinazo, las extremidades, etc., a varios lugares, que eran catorce en conjunto. Los adoradores de Ser invadieron a esa tribu, impidiendo tal culto, o, como podría decirse, mataron a Osiris, y establecieron el dominio de su dios animal. A su vez fueron atacados por los adoradores de Isis, los cuales se unieron a los antiguos adoradores de Osiris, volvieron a abrir las capillas y establecieron de nuevo el culto de Osiris. La tribu de Set atacó nuevamente a la de Osiris y diseminó todas las reliquias de las capillas por el amplio territorio. Para restablecer su poder, las tribus de Osiris y de Isis apelaron a los adoradores del halcón Horus, enemigos de la tribu de Set, y con su ayuda finalmente expulsaron a los adoradores de Set de todo el país. Esta historia, ciertamente mal comprendida en una época posterior, cuando se había ya olvidado el sacrificio de los reyes y la antropofagia, pudo ser la base de casi todos los rasgos del mito de Osiris, según era recordado en los tiempos romanos.

Si tratamos de materializar esta historia más detalladamente, vemos que los adoradores de Osiris ocuparon el Delta y que existían catorce centros importantes en los primeros tiempos, que más adelante se convirtieron en las capitales de los nomos, llegando finalmente a cuarenta y dos divisiones en los últimos tiempos. Set fue el dios de los invasores asiáticos que irrumpieron en la civilización egipcia, y hacia un cuarto de tiempo de estas largas épocas de cultura prehistórica (tal vez 7500 a. C.) hallamos pruebas materiales de considerables cambios traídos del lado árabe o semita. Es probable que éste fuese el primer triunfo de Set. Los adoradores de Isis procedían del Delta, donde Isis era adorada en Buto como una diosa virgen, separada de Osiris y de Horus. Esos seguidores de Isis ayudaron victoriosamente al resto de los primitivos habitantes a resistirse al culto de Set, y a restablecer a Osiris. El final de la era prehistórica está marcada por un gran decaimiento en el trabajo y las habilidades, con toda seguridad a causa de más conflictos con Asia, cuando Set esparció las reliquias de Osiris. Por fin, no es posible dejar de ver en el triunfo de Horus la conquista de Egipto por la raza dinástica que descendió del distrito de Edfu y Hierakónpolis, centros de culto de Horus, y ayudó a los antiguos habitantes a derrotar y arrojar de allí a los asiáticos. Casi la misma cadena de sucesos se observa en tiempos posteriores, cuando el rey beréber Aahmes I ayudó a los egipcios a expulsar a los hicsos. Si logramos relacionar la arqueología de la era prehistórica con la historia conservada en los mitos, demostraremos que Osiris fue el dios nacional desde los comienzos de la cultura prehistórica. Su misión civilizadora pudo muy bien haber sido la introducción del cultivo, hacia el 8000 a. C., en el valle del Nilo.

La teología de Osiris fue al principio la de un dios de aquellos prados sagrados en donde las almas de los muertos gozaban de una vida futura. Había necesariamente cierta selección para excluir a los malvados de tal felicidad, y Osiris juzgaba a cada alma si ello valía la pena. Este juicio se plasmó en escenas muy detalladas, en que Isis y Neb-hat están junto a Osiris, el cual se halla en su trono, Anubis conduce el alma, el corazón es colocado en la balanza y Thoth la pesa y registra el resultado. Ya se han visto las ocupaciones de tales almas en el capítulo III. La función de Osiris, por tanto, era recibir y gobernar a los muertos, por lo que nunca se lo encuentra como un dios de acción o bien ocupándose de los asuntos de la vida.

Isis (*Aset* o *Isit*) estuvo relacionada en los primeros tiempos con el culto de Osiris, y aparece en los mitos más tardíos como hermana y esposa de ese dios. Pero siempre permaneció en un plano diferente del de Osiris. Su culto y su sacerdocio fueron más populares que los de Osiris, a las personas se las llamaba según el nombre de la diosa más a menudo que con el de Osiris y se ocupaba hasta cierto punto de las actividades de la vida. Su relación con el mito de Osiris de ninguna manera obstaculizaba su posición independiente y su importancia como deidad, aunque si la benefició con una devoción más extendida. La unión de Horus con el mito y el establecimiento de Isis como la diosa madre destacan la gran importancia de Isis en los últimos tiempos. Isis, en su calidad de madre nutriente, apenas se muestra hasta la dinastía XXVI; después, la diosa fue cada vez más popular en este sentido, hasta superar a todas las religiones del país. En los tiempos romanos la madre Isis no sólo recibía la devoción de todo Egipto sino que fue adorada asimismo en el extranjero, como la de Mitra. Fue muy popular esa devoción en Italia, y más tarde, con un cambio de nombre debido al cristianismo, continuó recibiendo la veneración de gran parte de Europa hasta hoy día como la Virgen.



Isis y Osiris, la pareja divina (del Papiro de Anu).

Nefthis (*Neb-hat*) era una doble algo apagada de Isis; considerada como su hermana y siempre asociada a ella, no tuvo, al parecer, otras funciones. Su nombre, «ama del palacio», sugiere que al principio era la esposa de Osiris, como un complemento necesario pero pasivo del sistema de este reino. Cuando el culto a la activa Isis entró en la renovación de Osiris, Nebhat siguió teniendo una importancia de carácter nominal, pero prácticamente ignorada.

Horus (*Heru* o *Horu*) tiene una historia más compleja que la de los demás dioses. No es posible asignarle las diversas fases de la misma con exactitud, pero si es posible discriminar las siguientes ideas: (A) Hubo un Horus más antiguo o viejo, Hor-ur (el Aroeris de los griegos) que era considerado como hermano de Osiris, mayor que Isis, Set y Nefthis. Siempre se mostraba en forma humana, y era el dios de Letópolis. Al parecer, éste fue el dios primitivo de una tribu afín a los adoradores de Osiris. Se ignora qué relación tenía ese dios con el halcón, aunque a menudo se ve a Horus escrito sin el halcón, simplemente como *hr*, y el significado de «superior» o «inferior». Esta palabra generalmente tiene el determinativo de firmamento, y su

significado primitivo fue el de cielo o uno que está en el cielo. Es al menos posible que hubiese un cielo-dios *her* en Letópolis, y que por lo mismo el dios-halcón fuese un cielo-dios *her* en Edfu, y de aquí la fusión de las dos deidades. (B) El dios-halcón del sur, en Edfu y Hierakónpolis, quedó tan firmemente engarzado en el mito como vengador de Osiris, que debemos aceptar al pueblo del sur como el que arrojó fuera del país a la tribu de Set. Siempre es Horus con cabeza de halcón el que combate a Set, y asiste al entronizado Osiris. (C) El halcón Horus se identificó con el sol-dios y por eso muestra el alado disco solar como emblema de Horus en Edfu, y el título de Horus de los horizontes (a la salida y la puesta). Hor-em-akhti, el Har-makhis de los griegos. (D) Otro aspecto resultante de ser Horus un dios-firmamento, fue que el sol y la luna eran sus dos ojos, por lo que era Hor-merti, Horus el de los dos ojos y el ojo sagrado de Horus (*uza*) fue el más usual de los amuletos. (E) Horus, como conquistador de Set, aparece como un halcón erguido en el signo de oro, *nub*; *nubti* era el tirulo de Set, y así a Horus lo vemos pisoteando a Set, llegando a ser éste un título usual de los reyes. Existen otras formas de Horus menos importantes, pero la que superó a todas las demás en la estimación popular fue (F) Hor-pe-Khroti, el Harpócrates de los griegos, “Horus el niño”. Como hijo de Isis aparece constantemente a partir de la dinastía XIX. Una de las más primitivas de estas formas es la del joven Horus de pie sobre unos cocodrilos y atrapando escorpiones y otros animales nocivos que tiene en sus manos. Este tipo fue un amuleto favorito hasta los tiempos ptolemaicos y a menudo se halla tallado en piedra, colocado en una casa, aunque casi nunca se ejecutó con otros materiales, o para ser colgado del cuello de una persona. La forma del joven Horus sentado sobre una flor de loto abierta también fue muy popular en los tiempos griegos. Pero el niño Horus con un dedo en los labios fue la más popular de todas las formas, a veces solo, a veces en el regazo de su madre. El dedo, que indica que era un niño lactante, fue mal comprendido por los griegos como el emblema del silencio. Desde la dinastía XXVI hasta los tiempos de Roma el infante Horus, o el joven Horus, fue el tema más prominente en todos los templos, y la figura más común en los hogares de pueblo.

El otro grupo principal de dioses con forma humana lo constituyen Amón, Mut y Khonsu de Tebas. **Amón** era el dios local de Karnak, y debía su importancia en Egipto a la elevación política de su distrito. El reino de Tebas, durante la dinastía XII extendió su fama, los grandes reyes de las dinastías XVIII y XIX atribuyeron sus victorias a Amón, su sumo sacerdote se convirtió en un poder político que absorbió al Estado a partir de la dinastía XX, y la

importancia del dios sólo cesó con la caída de su ciudad. Se desconocen los atributos y el nombre original de Amón, pero se combinó con Ra, el sol-dios, y como Amón-Ra fue «rey de los dioses» y "señor de los tronos del mundo". La supremacía de Amón fue, durante unos siglos, artículo de fe política, y otros muchos dioses se fundieron con él, sobreviviendo solamente como aspectos del dios supremo. Las reinas eran las sumas sacerdotisas del dios, y éste era el padre divino de todos sus hijos, siendo los reyes tan sólo una encarnación de Amón en sus relaciones con las reinas.

Mut, la gran madre, era la diosa de Tebas, o sea consorte de Amón. A menudo se la ve como tutora y protectora de los reyes, y las reinas aparecen en el carácter de esta diosa. Por lo demás, poco se sabe de ella, desapareciendo en la teología posterior.

Khonsu fue un dios joven combinado en el sistema tebano como el hijo de Amón y Mut. Tiene un estrecho paralelismo con Thoth, por ser un dios del tiempo, un dios de la luna y de las ciencias, «el ejecutor de los planes». En Karnak se le dedicó un soberbio templo, pero en realidad su importancia religiosa fue más bien escasa.

Neit fue una diosa del pueblo libio, pero éste implantó firmemente su veneración en Egipto. Era diosa de la caza y la hilatura, las dos artes de un pueblo nómada. Su emblema era una rueda con dos flechas cruzadas y su nombre se escribía con la figura de una lanzadera. Fue adorada en la primera dinastía, cuando se conoció con el nombre de Merneit, «amada de Neit», y su sacerdocio fue uno de los más populares durante el período de las pirámides. Casi se perdió de vista durante miles de años, pero se convirtió en la diosa estatal de la dinastía xxvi, cuando los libios llevaron su capital a Sais, la ciudad de esta diosa. En tiempos posteriores, volvió a desaparecer de la religión popular.

Capítulo VII

LOS DIOSES CÓSMICOS

Los dioses que personificaban al sol y al firmamento se hallaban separados en su idea esencial de los ya descritos, aunque estuvieran ampliamente mezclados y combinados con otras clases de dioses. Hasta tal punto invadió dicha mezcla las posteriores opiniones, que algunos escritores no han visto más que formas diversas del culto al sol en la religión del antiguo Egipto. Sin embargo, en los capítulos que anteceden se ha observado que un gran conjunto de teología estaba totalmente separado del culto al sol, mientras que aquí tratamos a ésta como separada de los otros elementos con los que estaba, más o menos, combinada.

Ra era el gran dios solar, al que suplicaban todos los reyes, adoptando al ascender al trono un título emblemático que se relacionaba con el nombre de ese dios, tal como *Ramen-kau*, «Ra estableció el *kas*», *Ra-sehotep-ab*, «Ra satisface al corazón», *Ra-neb-maat*, «Ra es el señor de la verdad», y esos títulos fueron por los que los reyes fueron más conocidos, incluso más tarde. Esta devoción no era primitiva, sino que empezó en la dinastía IV y quedó bien establecida en la V, siendo los reyes llamados hijos de Ra, y obteniendo los posteriores reyes el título de «hijo de Ra» delante del nombre. El obelisco era el emblema de Ra, y en la dinastía V se construyó un enorme templo obelisco en su honor en Abusir, seguido por otros. Heliópolis fue el centro de su culto, donde Senusert I, de la dinastía XII, reconstruyó el templo y erigió los obeliscos, uno de los cuales todavía se conserva en pie. Pero Ra fue precedido allí por otro dios solar, Atmu, que era el verdadero dios del nomo; y Ra, aunque venerado en todo el territorio, no fue el dios original de ninguna ciudad. En Heliópolis estaba unido a Atmu, y en Tebas estaba unido a Amén. Estos hechos indican que Ra fue introducido en Egipto por un pueblo conquistador, después del establecimiento teológico de toda aquella tierra. Hay muchos indicios de que los adoradores de Ra procedían de Asia, y

establecieron su dominio en Heliópolis. El título de gobernante de aquel lugar era *heq*, título semita; y el cetro *heq* era el sagrado tesoro del templo. Eran especialmente venerados los «espíritus de Heliópolis», una idea más babilónica que egipcia. Esta ciudad era el centro de la enseñanza literaria y de las teorías teológicas que eran desconocidas en el resto de Egipto, aunque familiares en Mesopotamia. Una piedra cónica era el símbolo corporal del dios en Heliópolis, lo mismo que en Siria. On, el nombre nativo de Heliópolis, se daba dos veces en Siria, así como en otras ciudades llamadas Heliópolis en tiempos posteriores cambien en Siria. La existencia de un principado semita primitivo en Heliópolis unificaría todos estos factores y el avance del culto a Ra en la dinastía V se debería a una vivificación de la influencia del Delta oriental en aquella época.

La forma de Ra más libre de toda mezcla, es la del disco del sol, representada a veces entre dos colinas al amanecer, a veces entre dos alas, otras en una barca flotando por el océano celestial a través del cielo. El disco alado tiene casi siempre dos serpientes cobras atadas al mismo, y a menudo dos cuernos de carnero; el significado de toda esta combinación es que Ra protege y preserva, como el buitre cuida a sus crías, destruye a enemigos como la cobra y crea como el carnero. Esto se observa en la modificación por la que se coloca lo anterior sobre la cabeza del rey, cuando se omite la destructora cobra y cuando las alas están plegadas como abrazando y protegiendo al rey.

La forma de disco está conectada al dios-halcón, estando colocada sobre la cabeza del halcón; y éste a su vez está conectado con la forma humana por medio del disco que descansa sobre el hombre con cabeza de halcón, que es uno de los tipos más usuales de Ra. A este dios apenas se lo ve como ser puramente humano salvo cuando se lo identifica con otros dioses, como Atmu, Horus o Amón.

El culto de Ra superó a todos los demás en la dinastía XIX. Unido al dios de Tebas como Amón Ra, llegó a ser el «rey de los dioses»; y la idea de que el alma se unía a Ra en su viaje a través de las horas de la noche absorbió a las demás ideas, que solamente fueron ya secciones del conjunto (véase capítulo XI). En los tiempos griegos, esta creencia dio ampliamente lugar a otras, habiendo desaparecido prácticamente con el cristianismo.

Atmu (Tum) fue el dios primitivo de Heliópolis y el lado del Delta, rodeando hasta el golfo de Suez, que antiguamente llegaba a Ismailiyeh. No está claro de qué modo su naturaleza con el sol poniente fue el resultado de ser identificado con Ra. Es posible que fuese simplemente un dios-creador y

que la introducción de Ra llevara a su identificación con él. Los que aceptan la teoría de que los nombres de los dioses están relacionados íntimamente con las tribus, como Set y Suti, Anuke y Anak, podrían afirmar que Atmu o Atum pertenecían a las tierras de Eduma o Etham.

Khepera carece de importancia local, pero era llamado el sol matutino. Fue adorado por la época de la dinastía XIX.

Atón [o **Aten**] era una concepción del sol totalmente distinta de Ra. Nunca se le atribuyó forma alguna humana o animal, y el culto al poder físico y la acción del sol fue la única devoción. Por lo que se ha podido averiguar, fue un culto enteramente aparte, diferente de los demás tipos de religión en Egipto, y la información parcial con que contamos no muestra, en realidad, ni un solo fallo en una concepción puramente científica del origen de toda vida y poder sobre la tierra. Atón es el único caso de un «dios celoso» en Egipto, y ese culto excluía a todos los demás, asegurándose su universalidad. Hay raseros de dicho culto poco antes de Amenhotep III. Este mostró cierta veneración por ese dios, y fue su hijo quien tomó el nombre de Akhenatón, «la gloria de Atón» y trató de convertirla en la única devoción de Egipto. Pero decayó inmediatamente después, perdiéndose por completo en la dinastía siguiente. El sol se representaba irradiando sus rayos sobre todas las cosas, y cada rayo terminaba en una mano que impartía vida y poder al rey y a todo lo demás. En el himno a Atón, el objetivo universal de su poder queda proclamado como el origen de toda vida y acción, y todas las tierras y todos los pueblos están sujetos a él, debiéndole la existencia y su lealtad. Jamás había aparecido en el mundo, hasta entonces, una tan gran teología, por lo que sabemos, siendo la antecesora de las religiones monoteístas, y asimismo siendo incluso más abstracta e impersonal, pudiendo clasificarse como un teísmo científico.

Anher era el dios local de Thinis en el Alto Egipto, y Sebennytyos en el Delta, un dios-sol humano. Su nombre es un simple epíteto: «el que entra en el cielo», y es posible que éste fuera el único título de Ra, adorado en todos esos lugares.

Sopdu era el dios del desierto oriental y fue identificado con el cono de la resplandeciente luz zodiacal que precede al alba. Su emblema era un halcón momificado, o una figura humana.

Nut, la representación del cielo, se mostraba como una figura femenina con el cuerpo moteado por estrellas. No era venerada ni pertenecía a un determinado lugar, pues era solamente una idea cosmogónica.

Seb, la representación de la tierra, se figuraba como yaciendo en el suelo mientras Nut se inclinaba sobre él. Era el «príncipe de los dioses», el poder que iba por delante del de los últimos dioses, el Saturno sustituido en la teología egipcia. Apenas se lo menciona y no tenía dedicado ningún templo, pero aparece en la mitología cósmica. Al parecer, por sus posiciones, es muy posible que Seb y Nut fuesen los principales dioses de los aborígenes de tipo hotentote, antes de que los adoradores de Osiris, de tipo europeo, penetrasen en el valle del Nilo.

Shu, era el dios del espacio, que levantó a Nut del cuerpo de Seb. Era representado a menudo, especialmente en los amuletos posteriores; posiblemente se creía que podía elevar los cadáveres desde la tierra al cielo. Su figura es enteramente humana, y está arrodillado sobre una rodilla con las manos levantadas sobre su cabeza. Se lo consideraba padre de Seb, habiendo formado la tierra del espacio o del caos. Su emblema era la pluma de avestruz, o sea el objeto más voluminoso y más ligero.

Hapi, el Nilo, debe situarse entre los dioses de la Naturaleza. Se lo representaba como un hombre, o dos hombres para el Alto y el Bajo Nilo, sosteniendo una bandeja con productos de la tierra, y mostrando unos pechos femeninos muy grandes, siendo, por consiguiente, la nodriza del valle. Un grupo favorito está formado por las dos figuras del Nilo atando las plantas del Alto y el Bajo Egipto en torno al emblema de la unión. Lo adoraban en Nilópolis, y también en las capillas que marcaban las fases de la navegación, unas cien a lo largo del río. Se celebraban festejos al crecer el Nilo, semejantes a los que todavía se celebran en las diversas fases de la inundación. Los himnos en honor del río le atribuían toda la prosperidad y bondades a sus beneficiados.

Capítulo VIII

LOS DIOSES ABSTRACTOS

Además de las clases de dioses ya descritos había otras de carácter totalmente distinto, representando ideas abstractas. De éstos, algunos son probablemente dioses tribales, pero el principio de cada uno se halla tan claramente marcado que debieron ser idealizados por las personas poseedoras de cierto grado de inteligencia. Otros son francamente abstracciones de ideas artificiales inventadas en un estado civilizado, semejantes a las deidades Flora o el Genio del emperador romano. La inferencia general es que todos esos dioses pertenecían a los últimos pueblos que contribuyeron a la mitología, los gobernantes dinásticos de la tierra.

Ptah, el creador, era especialmente adorado en Mentís. Se lo representaba como una momia, y sabemos que todo el proceso de momificación y entierro empezó con la raza dinástica. Fue identificado con el primitivo culto animal del buey Apis, aunque no es probable que esto diese origen a su aspecto creativo, por ser creado con arcilla, o por palabra y voluntad, y no por medios naturales. Quedó unido al antiguo dios menfita de los muertos, Seker, y con Osiris, como Pta-Seker-Osiris. Así sabemos que no pertenecía ni a los adoradores de los animales, a los que creían en Seker ni a la raza de Osiris, sino a un cuarto pueblo. El dios compuesto Ptah-Seker se representa como un enano de piernas vendadas, con una cabeza ancha y plana, una conocida aberración del crecimiento. Al parecer se puede relacionar este dios con el *pataikoi* adorado por los marineros fenicios como figuras enanas, siendo similar el nombre. Esto apunta a una relación de la raza fenicia con las dinastías egipcias. Ptah fue adorado hasta los tiempos griegos.

Min era el principio masculino, adorado principalmente en Ekhmim y Koptos, siendo identificado con Pan por los griegos. También era el dios del desierto, fuera del Mar Rojo. Las estatuas de dioses más antiguas son tres figuras gigantescas de caliza de Min halladas en Koptos; esas figuras ostentan dibujos en relieve de conchas y peces espada del Mar Rojo. Por tanto,

seguramente ese culto fue introducido por un pueblo procedente del Este. Su devoción continuó hasta los tiempos romanos.

Hat-hor era el principio femenino cuyo animal era la vaca, y se la identificaba con la diosa Isis. También se la identificó con otras deidades más primitivas, y sus formas son muy numerosas, según las localidades. Asimismo, había siete Hathor que aparecen como Hadas, presidiendo los nacimientos. Así, esta diosa tenía una posición distinta a la de las demás, más generalizada, más ampliamente extendida, e identificada con muchos lugares e ideas. La semejanza de tal posición con la de las Madonnas italianas en relación con devociones anteriores, sugiere que la misma fue una introducción posterior y sobrepuesta a diversas creencias. A veces, la figura de Hathor tiene cabeza, y a menudo orejas, de vaca. El mito de Horus cortando la cabeza de su madre Isis y reemplazándola por una cabeza de vaca, señala que los devotos de Horus unían a Hathor con Isis. No se ven corrientes las estatuillas de Hathor; su cabeza se usaba como capitel en arquitectura y en la forma del sistro, una especie de matraca empleada en su culto.

Maat era la diosa de la verdad. Siempre está en forma humana, y se la representada sentada y sosteniendo el *ankh*, emblema de la vida, en sus manos. Jamás fue adorada ni tenía templos o capillas, pero se la representaba como una ofrenda de los reyes a los dioses. También figura en los nombres de varios reyes, y aparece en la escena del juicio en que se pesa el corazón. Fue la única idea de la religión más antigua conservada por Akhenatón en su reforma; siempre se nombraba a sí mismo como «viviendo en verdad», pero como una abstracción y sin la noción de una diosa real. Estuvo unida a Ptah, Thoth y Ra, en diferentes ocasiones.

Nefertum fue un dios de los últimos tiempos, en forma humana, como un joven con una flor de loto en la cabeza. Al parecer representaba el crecimiento y la vegetación, siendo sistematizado como hijo de Ptah y Sekhet. No queda ninguno de sus templos, pero son corrientes sus imágenes, normalmente de bronce.

Safekh era la diosa de la escritura. Se nombraba en la época de las pirámides y aparece en escenas de las dinastías XVIII y XIX.

En Hermópolis adoraban a cuatro pares de dioses elementales, cada pareja compuesta de macho y hembra: *Heh*, Eternidad; *Kek*, Tinieblas; *Nú*, el Océano celeste; *Nenu*, la Inundación. Se muestran como figuras humanas con cabeza de ranas y serpientes. También había personificaciones de la Vista, el Oído, el Gusto, la Percepción, la Fuerza y la “verdadera voz, necesaria para entonar las fórmulas mágicas”.

Capítulo IX

LOS DIOSES EXTRANJEROS

Además de la incorporación en el uso puramente egipcio de todos los dioses que hemos estudiado, había otros que siempre tuvieron un carácter extranjero. Es cierto que a Bast, Neit y Taurt algunos los consideran extranjeros, pero las deidades halladas desde la época de las pirámides hasta la de Roma, que fueron los patronos de capitales y dinastías, deben considerarse egipcios; de Taurt, por ejemplo, no conocemos ninguna fuente extranjera ni debemos buscarla, ya que el hipopótamo abundaba en Egipto.

Bes, aunque figuró desde la dinastía XVIII a la época romana, conservó un carácter extranjero. Es una figura enana y tosca, que lleva una piel de animal felino a la espalda, y la cola le cuelga hasta los talones. Una figura femenina y similar a la anterior, también con una piel de felino, pertenecía a la dinastía XII. Pocas veces las formas femeninas de Bes son de los últimos tiempos. El origen de este tipo es el danzarín sudanés, según actuaban en Egipto, y sabemos que incluso en la dinastía V, los danzarines, llamados Dengga (¿= tribu Dinka?) eran llevados como curiosidades a Egipto. A Bes se lo representaba a menudo como bailando al son de un tamboril; era el dios de la danza y protegía a los pequeñuelos del mal y la brujería; por eso aparece en los capiteles de la casa de maternidad de Denderah. El animal cuya piel viste es el *cynaelurus guttatus*, cuyo nombre es Bes, Posiblemente Bastet, la diosa felina, fuese originalmente una forma femenina de Bes.

Dedun fue un dios nubio, que seguramente era un dios creador de la tierra. Fue unificado con Ptah, y se lo nombraba a menudo en la dinastía XVIII.

Sati era una diosa de la región de las cataratas, semejante a Hathor, con cuernos de vaca. Se la llamaba reina de los dioses, y debió ser la gran deidad de una tribu fronteriza.

Anqet era la diosa de la isla de Seheyl, en una de las cataratas y se la representaba llevando una alta corona de plumas.

Sutekh no debe ser confundido con el dios puramente egipcio Set o Setesh, aunque los dos fueron identificados. Probablemente fueron uno solo en las épocas prehistóricas, pero Set era el dios conocido por los egipcios, mientras que Sutekh fue el dios de los hititas de Armenia, donde lo adoraban en las ciudades de ese territorio.

Baal fue otro dios sirio, asimismo identificado con Set, y a veces combinado con Mentu como dios-guerrero en la dinastía XIX, cuando prevalecieron ampliamente en Egipto las ideas de Siria.



Bes, con su figura enana y tosca, rodeado de flores.
Existió también una Bes femenina.

Reshpu o **Reseph**, fue adorado ocasionalmente como dios-guerrero en la época siria, pero no existen templos ni estatuas suyas ni de Baal.

Anta o **Anaitis** era una diosa de los hititas, que aparece fuertemente armada a caballo en la época de los Ramesidas. Ramessu II nombró a su hija Bant-anta, «hija de Anta».

Astharth o **Astaroth** o **Astarté**, fue otra diosa siria, adorada principalmente en Menfis, donde se halla la tumba de una de sus sacerdotisas. Ramessu II llamó a un hijo suyo Merastrot, «amado de Astaroth».

Qedesh, «el sagrado», se ve como una diosa desnuda de pie en un león, tal vez sea una forma de Astaroth, como patrona de las jóvenes *qedosheth*,

agregadas a su servicio. Es sumamente conocida la postura de la diosa hitita sobre un león.

Figuras de diosas extranjeras se hallan a menudo en Egipto; suelen ser de cerámica, toscamente hechas, desnudas y sosteniendo sus senos con las manos. Probablemente representaban a Astaroth.

También se pueden mencionar aquí algunas teorías respecto a las conexiones extranjeras de los dioses egipcios. Los primitivos sumerios de Babilonia adoraban a Asari, “el fuerte”, “el príncipe que hace bien a los hombres”. Tiene una gran semejanza en nombre y carácter con Asar, Osiris de Egipto. Pero la relación propuesta, según la cual ambos nombres se escribían con los signos de un ojo y un lugar, parece falta de base, puesto que los valores silábicos de los signos fueron invertidos en los dos lenguajes, y la escritura o el sonido del nombre debe ser sólo una coincidencia. Istar, otra deidad sumeria, quedó suavizada en el idioma semita como Athtar, la diosa-luna del sur de Arabia; y la relación de esta diosa-luna y vaca con su semejante Hathor de Egipto es muy probable. Ánsar fue otro dios sumerio, significando «el cielo», o el espíritu mundano del cielo; y esto pudo pasar a Anher, el dios-cielo, conocido en el Alto y el Bajo Egipto. Estas conexiones tienen lugar todas ellas con dioses sumerios, aunque pueden derivar de sus posteriores formas semitas. Poseen una probabilidad general por los nombres y la naturaleza en cada caso, pero hasta que sea posible hallar algún punto de conexión con lugar y período, sólo podemos considerar tales semejanzas como un material para opiniones e ideas más amplias de la historia de los primeros tiempos.



Astharoth, o Astarté, señora de Siria
y de los caballos de guerra.

Capítulo X

LA COSMOGONÍA

El hombre, en todos los países y en todas las épocas, ha especulado sobre la naturaleza y el origen del mundo, relacionando estas cuestiones con la teología. En Egipto había numerosas teorías acerca de la creación, aunque algunas poseyeran formas diversas sumamente elaboradas. Sobre la formación de la tierra eran dos las teorías: 1) que había sido creada por el verbo de un dios, quien al pronunciar un nombre daba vida al objeto nombrado. Thoth es el principal creador por ese medio, y probablemente esta idea pertenezca a un período próximo a la época de los dioses animales; 2) la otra teoría dice que Ptah diseñó el mundo como un artífice, con la ayuda de ocho *Khnumu* o gnomos. Esta teoría pertenece a la teología de los dioses abstractos. El primitivo pueblo se contentó, al parecer, con la eternidad de la materia, y sólo personificó a la naturaleza cuando describieron el espacio (Shu), separando al cielo (Nut) de la tierra (Seb), lo cual es muy parecido a la creación del cielo y el mar, fuera ya del caos, según el Génesis.

Al sol se lo denominó huevo puesto por el primitivo ganso, y en tiempos posteriores se decía que lo puso un dios, o que fue modelado por Ptah. Evidentemente, ese huevo de ganso es un relato primitivo adaptado a la posterior teología.

Se creía que el cielo estaba sostenido por cuatro pilares. Estos, más adelante, fueron relacionados con los dioses de los cuatro puntos cardinales, pero los cuatro pilares primitivos los representaban juntos, con los capiteles uno sobre el otro, en el signo *dad*, el emblema de la estabilidad. Dichos pilares pudieron pertenecer al ciclo de Osiris, puesto que él era el «señor de los pilares» (*daddu*), y su centro en el Delta se llamaba Daddu por los pilares. La colocación de los pilares o emblema *dad* era una gran fiesta en la que tomaba parte el rey, y era celebrada a menudo.

La creación de la vida se atribuía a diferentes grandes dioses, allí donde eran adorados. Khnumu, Osiris, Amén o Atmu, de cada uno se decía que era

tal creador. El modo sólo fue definido por los teóricos de Heliópolis, imaginando que Atmu autogeneró a Shu y Tefnut, los cuales produjeron a Seb y Nut, y éstos a su vez a otros dioses, de quienes al fin surgió la humanidad. Pero ésta fue solamente una teoría imaginada para que una teología cobrase vida.

Las teorías cosmogónicas, por consiguiente, no eran importantes artículos de fe, sino más bien suposiciones de que los dioses podían obrar de manera semejante a los mortales. La creación por el verbo era la idea más elevada, paralela a la creación según el Génesis.

La concepción de la naturaleza del mundo aseguraba que existía una inmensa llanura sobre la que el sol pasaba de día, y bajo la cual viajaba durante las horas nocturnas. Se suponía que el sol flotaba en una barca sobre un océano celeste, lo que probablemente fuese solamente una expresión de tal flotación. La elaboración de la naturaleza de las regiones por las que el sol pasaba de noche pertenecía esencialmente a la teología de Ra, y únicamente reconocía al reino de Osiris situándolo en una de las horas nocturnas. La vieja concepción del diminuto reino de Seker, dios del cementerio, ocupaba la cuarta y la quinta hora; la hora sexta era una aproximación a la región de Osiris, y la hora séptima era ya el reino de Osiris. Cada hora estaba separada por una cancela, custodiada por demonios que necesitaban ser controlados mediante fórmulas mágicas.

Capítulo XI

EL RITUAL Y EL SACERDOCIO

Los relatos que poseemos sobre los rituales en los templos pertenecen a períodos tardíos, y tenemos que estudiar los edificios para hallar diferencias en el sistema. La forma más antigua de capilla era una choza de mimbre, con altos postes formando los lados de la puerta; por delante, se extendía una especie de patio que tenía dos postes con banderas a cada lado de la entrada. En medio del patio o cercado había como un cayado con el emblema del dios de turno. Este tipo de capilla con patio abierto se conservó siempre, siendo semejante al tipo judío. Hallamos piedras usadas para las puertas en la dinastía VI, y templos construidos con piedra en la dinastía XII. El tipo primitivo de templo era esencialmente un sitio de reposo para el dios entre las excursiones de los festejos. Estaba abierto por delante y por detrás, y era atravesado por un corredor procesional, por donde pasaban los sacerdotes, portando el arca del dios en procesión, para volver y depositarla de nuevo en el templo, al pasar. Esta forma perduró hasta mediados de la dinastía XVIII, pero la capilla fija se empezaba ya a utilizar, siendo al parecer el único tipo de capilla a partir de esa época. Esto aún se impuso más en la dinastía XXVI con las grandes cajas monolíticas de granito que no sólo contenían preciosas estatuillas sino incluso estatuas de tamaño natural, también de granito. Por lo visto, la forma procesional del ritual había sido suplantada por el servicio de un misterioso Sagrado de Sagrados.

El curso del servicio diario a cargo de los sacerdotes constaba de siete partes: 1) *hacer fuego*: frotando los leños, cogiendo el incensario, poniendo incienso en su interior, y encendiéndolo; 2) *abrir la Capilla*: subir a la capilla, abrir el cerrojo y romper el sello, abriendo la puerta y contemplando al dios; 3) *oración*: varias prosternaciones y luego entonar un himno al dios; 4) *aportar comida e incienso*: ofrenda de aceite, miel e incienso, retirarse de la capilla para orar, acercarse de nuevo y contemplar al dios, realizar varias reverencias, quemar otra vez incienso y enroñar himnos y plegarias; luego, le

presentaban al dios una imagen de Maat: (diosa de la verdad), y finalmente, quemar más incienso para todos los compañeros del dios; 5) *purificación*: limpiar la imagen y su capilla, y verter cubos de agua, fumigando con incienso; 6) *atuendo*: vestir al dios con fajas blancas, verdes, rojo vivo y rojo oscuro, y darle dos clases de untura, pintura negra y verde para los ojos, esparciendo ante tal imagen arena limpia. Luego, el sacerdote daba cuatro vueltas en torno a la capilla; 7) *purificación*: con incienso, natrón del sur y el norte, y otras dos clases de incienso.

Probablemente, este ritual fue aumentando con el paso del tiempo. Cuando se mantenía como sagrado a un animal, su alimentación se consideraba un servicio. En Mentís construyeron un patio para que el sagrado toro Apis pudiera efectuar sus ejercicios y se le proporcionaba un forraje especial. En el Fayum fabricaron un tanque enorme para su cocodrilo sagrado, y los sacerdotes solían seguir al reptil en tomo al tanque con las ofrendas apostadas por los devotos. De igual modo, en Epidauro hay una profunda zanja circular excavada en la roca, con un nicho central, donde una serpiente sagrada podía ser contemplada y alimentada sin que fuese capaz de escapar fuera de allí.

El sacerdocio se elaboró de muchas maneras diferentes, cada una con distintos grados. Existían los «servidores del dios», a cuyo cargo corrían los rituales y el culto, los “hombres puros”, que se ocupaban de las ofrendas y el servicio; los “padres divinos”, que se encargaban de los bienes del dios y el aprovisionamiento del servicio; los «recitadores», las «cantantes femeninas», y otros; y en cada clase había cuatro grados.

Un especial don divino era el *sa*, una esencia impartida al rey cuando se arrodillaba de espaldas al dios y encima le colocaban la mano divina. Esto también se impartía a una casta de sacerdotes o iniciados descritos como «impregnados con el *sa*» de cuatro grados diferentes. Al parecer, se trataba de una especie de ordenación que concedía unos poderes especiales.

Una idea fundamental es que el rey era el sacerdote del territorio, y que todas las ofrendas (especialmente las dedicadas a los muertos) las hacía él. Aunque el rey no podía efectuar físicamente tales ofrecimientos, cuando los efectuaban otros, lo hacían en favor del rey y sumo sacerdote de la nación. Tan poderosa era tal creencia que la fórmula regular para todas las ofrendas a los muertos era: «Una dádiva real de ofrendas de tal o tal cosa u objeto, para el *ka* de tal difunto», o también la fórmula «Dé el rey tal o cual ofrenda». Este acto se muestra en algunas tablillas funerarias, donde aparece el rey

realizando el ofrecimiento, mientras la persona por la que aquél actúa está de pie a sus espaldas.

Bastante luz acerca de los orígenes de la elevación del sacerdocio la aportan los títulos dados a los sacerdotes de las diversas capitales de las provincias o nomos. Muchos de los mismos se refieren a lo que eran puramente ocupaciones seculares en los últimos tiempos, y así sabemos que el carácter sacerdotal iba unido al personaje principal, el rey o algún otro jefe. En una ciudad fueron el Rey y su Hijo Bienamado los sacerdotes, en otra lo fue el General, en otra aún fue el Guerrero quien llegó a ser sumo sacerdote; en diversas ciudades eran el Gran Constructor, el Gran Capataz de los Obreros; una ciudad elevó al Director de la Inundación al sacerdocio, y en otro lugar, fue natural que se ordenase como sacerdote el Gran Médico u “hombre-medicina”. El Hijo Mayor era el título de otro sacerdocio, puesto que los últimos reyes nombraron sumos sacerdotes a sus hijos mayores. Una curiosa idea de la sacerdotisa precediendo al establecimiento de un sacerdote se dio en diversas ciudades; en una, a ella la llamaban la Nodriza y a él el Joven, mientras que también se les denominaba, a la sacerdotisa la «Apaciguadora del Espíritu», y al sacerdote «Hijo Favorito».

Las funciones puramente religiosas eran solamente una minoría entre los títulos del sacerdocio en el Delta, tales como el Vidente, el Gran Vidente, el Jefe de la Fiesta y el Abridor de Boca, refiriéndose a conseguir que el dios hablara, o que la momia pudiese abrir la boca permitiéndole vivir. Un análisis completo de los títulos del sacerdocio daría un retrato de la sociedad en la que nació el sacerdocio, pero es un tema que aún no ha sido estudiado sistemáticamente.

Capítulo XII

LOS LIBROS SAGRADOS

En la última época del antiguo Egipto los escritos religiosos fueron traducidos ampliamente al griego, en unos tiempos en que se estudiaban y coleccionaban por considerar que transmitían las ideas de un mundo que ya estaba declinando. Este venerado pasado mantenía su fuerza imaginativa, al considerarse que contenía poderes místicos que descubrían lo invisible, y extrañas fórmulas antiguas, cuya eficacia no tenía rival en ningún otro escrito posterior, medianamente inteligible. Había cuatro grandes categorías de escritos sobre teología, rituales, ciencia y medicina. Aunque las últimas compilaciones hayan desaparecido casi por completo, podemos suponer su naturaleza gracias a los fragmentos de los documentos originales que se han conservado desde los tiempos más primitivos.

La obra más popular de las últimas dinastías es la que los escritores modernos titulan *Libro de los Muertos*. Esta obra no debe ser considerada como un conjunto bien hilvanado, al estilo de nuestra Biblia, sino como una incongruente acumulación de encantamientos y fórmulas, parte de los cuales fueron tomadas en consideración por diversos escribas, según los gustos locales o individuales. Ningún papiro contiene gran parte de dicho libro, y la selección efectuada entre tan heterogéneo material es infinitamente variada. Los editores modernos han numerado las diferentes secciones, empezando por el orden hallado en algunos de los mejores ejemplos, y se han reconocido más de doscientos capítulos. Todas las distintas creencias ocupan su sitio en esta colección de escritos; todos los encantamientos y las directrices que podrían beneficiar a los muertos tiene aquí un lugar, si alcanzaron en su tiempo cierta popularidad. A partir de los tiempos prehistóricos esta obra constituyó un repertorio religioso sin límites ni reglas. Fragmentos que se conocían al término del antiguo reino desaparecieron completamente en las copias posteriores, en tanto aparecían otras de origen obviamente muy tardío. La incesante adición de notas, la incorporación de pinturas, y la acumulación de

explicaciones, unas sobre las otras, han aumentado la confusión. Para incrementar aún más nuestro estupor, los escribas no rectificaban sus errores en unas escrituras que sabían nadie iba a ver jamás; y las corrupciones, que cada vez empeoraban más, dejaron muchas partes casi sin el menor sentido.

A lo sumo resulta difícil seguir las ilusiones de una fe perdida, pero entre las diversas ideas y malas lecturas superpuestas, apenas cabe ninguna esperanza de conseguir una labor que nos dé un entendimiento crítico. El estudio completo de tal obra necesita todavía muchos descubrimientos y que se ocupen varias generaciones provistas de gran mentalidad crítica. Es posible distinguir en esa obra ciertos grupos de capítulos, una sección osiriana en el reino de Osiris y el servicio del mismo, una sección teológica, una serie de encantamientos, de fórmulas para la recuperación del corazón, para la protección del alma contra espíritus y serpientes malignos en las horas nocturnas, encantamiento para escapar de los peligros ordenados por los dioses, una narración sobre el paraíso de Osiris, una versión diferente del reino y el juicio de Osiris, una doctrina heliopolitana acerca del *ba*, y sus poderes de transformación totalmente aparte de todo lo establecido en otros lugares, el relato de la reunión del cuerpo y el alma, fórmulas mágicas para entrar en el reino de Osiris, otro relato del juicio de Osiris, encantamientos para la conservación de la momia y para fabricar amuletos eficaces, junto con varias partes dedicadas a creencias populares.

En contraste al principal carácter osiriano ya descrito, vemos a la religión solar dominando en el *Libro de Am Duat*, o lo que está en el submundo. En él se describen las sucesivas horas de la noche, cada una de ellas separada por una puerta custodiada por monstruos. En cada una era preciso pronunciar los ensalmos adecuados para dominar a las fuerzas del mal, y así atravesarlas con el sol. Las antiguas creencias en Seker, el dios del territorio silencioso, y en Osiris, el rey del mundo bendito, estaban bien encajadas en el nuevo sistema, concediendo unas horas a esos otros reinos como parte de la travesía solar. Una variante de esta tarea se halla en el *Libro de las Puertas*, que describe las puertas de las horas, pero omitiendo a Seker y dando mayor importancia a Osiris. Estos libros representan las doctrinas de los reyes en los tiempos de los Ramessidas, y se conocen principalmente gracias a las tumbas en que dichas doctrinas están inscritas.

Otra rama de los libros sagrados sobrevive en la teología formal de las escuelas que agrupan a los dioses en trinidades y eneadas. Ciertamente, tales escuelas eran muy antiguas, habiéndose constituido bajo la supremacía de Heliópolis antes de la elevación al trono de la primera dinastía. Si la

coordinación artificial de los dioses de diversos orígenes es tan antigua, podemos echar una ojeada a la época mucho más amplia de los dioses osirianos, e incluso a los primitivos dioses Seb y Nut, y al remoto culto de los animales. La gran eneada de Heliópolis estaba formada por Shu, Ternut, Seb, Nut, Osiris, Isis, Set, Nebhat, y Horus; también había encadas de dioses menores, secundarios y terciarios. Cuando fue prominente el dios-sol Atmu, se omitió a Horus y los otros ocho dioses fueron llamados hijos de Atmu, que encabezaba el grupo, como se ve en los textos de las Pirámides. La novena no se componía de tres trinidades sino de cuatro pares de dioses y un jefe. Se trata del mismo tipo que los cuatro pares de dioses elementales de Hermópolis bajo el mando del dios Tahuti. Las tríadas eran usuales en casi todas las ciudades pero en la mayoría de casos se trataba claramente de arreglos artificiales, a fin de seguir un tipo, siendo las deidades de importancia muy desigual. En Tebas, Amón, Mur y Khonsu; en Menfis, Ptah, Sekhet e Imhotep, hombre deificado; y en general, Osiris, Isis y Horus componían las principales tríadas.

Capítulo XIII

CULTO PRIVADO

Un pueblo tan fuertemente imbuido por ideas religiosas como el egipcio llevaba indudablemente sus hábitos de veneración más allá de las puertas del templo. Mas desdichadamente no poseemos visiones e ideas gráficas o conectadas de sus devociones privadas. En la actualidad, algunos nativos siguen escrupulosamente el ritual cotidiano del Islam; muchos solamente lo siguen en parte, a su conveniencia, tal como el aspecto religioso de un baño vespertino después del trabajo diario; pero la mayoría de los habitantes tienen poca o ninguna observancia religiosa. Por eso, es muy probable que los antiguos egipcios siguieran tipos tan variados en religión como los modernos.

Las ofrendas funerarias para los antepasados difuntos llenaban ciertamente gran espacio en su observancia; y los ofrecimientos de bebidas vertidas en el altar de la capilla, y los pasteles traídos para el *ka* como alimentación, eran la principal expresión de la piedad familiar. La seriedad de tales servicios se ve claramente en las espléndidas donaciones de las grandes tumbas, que se extienden asimismo a los grandes templos y el sacerdocio de los reyes. El hijo mayor era el que sus padres sacrificaban como sacerdote, como ocurre hoy día en China y la India; lo llamaban *an-mut-f*, o «soporte de su madre» y era quien dirigía la veneración en el culto de los reyes difuntos. Pero todos los hijos tomaban parte en los sacrificios y atrapaban pájaros (*Medum*, X, XIII), o mataban al buey para el *ka* de su padre. Esos sacrificios familiares constituían la ocasión de grandes festejos sociales y reuniones de familia; en los últimos tiempos los restos de tales fiestas se hallaron esparcidos por las capillas de las tumbas del cementerio de Hawara; hoy día, los coptos y los mahometanos celebran festejos familiares y pasan toda una noche en las tumbas de sus antepasados.

Se consideraba que solamente el rey podía realizar las ofrendas, en su calidad de sumo sacerdote de todo el territorio. Todas las fórmulas de las ofrendas empezaban; «Pueda el rey efectuar una ofrenda», y la imagen del rey

realizando el ofrecimiento, estando a sus espaldas el verdadero ofertante, se encuentra en las representaciones que llegan hasta la dinastía XVIII.

La primitiva creencia en la diosa-árbol Hathor, que moraba en el grueso sicómoro, y donaba abundantes higos a sus devotos, fue un culto muy popular. No estaba ese culto relacionado con el servicio funerario, como un nicho rojo de una cámara tenía una pintura mural en lo alto mostrando a la diosa del árbol bendiciendo a sus adoradores (*Ramesseum*, XX).

Este último ejemplo da significado a un curioso rasgo doméstico en las casas acomodadas de la burocracia de Tell-el-Amarna. En la sala central de la casa había un hueco en la pared, pintado de rojo vivo. Variaba de medio a un metro de ancho, y media al menos cinco o seis palmos de altura. A veces había un hueco interior en el centro, de cincuenta a setenta y cinco centímetros de anchura. En el sentido religioso, es posible que tales huecos fuesen el lugar donde rezaba la familia.

La abundancia de estatuillas de dioses, de cerámica vidriada, y a menudo de bronce, plata e incluso oro, demuestra que era muy comencé la costumbre de llevar objetos religiosos. Especialmente, los niños llevaban imágenes de Bes, y aunque menos corrientemente, cambien de Taurt, el genio protector de la infancia.

Otro rasgo de la religión popular era la fiesta de la cosecha. Recolectaban el grano, las aventadoras y los rastrillos trabajaban constantemente y luego sostenían las azadas (que se usaban para recoger el grano) en cada mano, y adoraban a Rannut, la diosa-serpiente de las cosechas.

Prevalcía la observancia de días afortunados e infelices. Un fragmento de calendario muestra cómo marcaban todos los días como buenos o malos, o triplemente buenos y triplemente malos.

Los amuletos domésticos de los días prehistóricos eran las grandes piedras talladas con serpientes enroscadas, sugiriendo un uso anterior de grandes amonites. En tiempos posteriores la imagen de Horus dominando las fuerzas del mal fue, al parecer, la figura protectora del hogar.

Cuando llegamos a la época romana obtenemos una visión más amplia de la adoración popular con las figuras de terracota. En Ehnasya, por ejemplo, hallamos las siguientes proporciones: cinco Serapis, cinco Isis, veinticuatro Horus, cuatro Bes, una diosa de palmeras. En esta línea, la más extendida era el culto de Horus. También se ve en las terracotas la clase de capillas que usaban en las casas. Eran una especie de alacenas enmarcadas en madera, con puertecitas debajo, y sobre ellas un hueco entre dos pilares donde se hallaba sostenida la imagen, y una lámpara encendida ante la misma, y el conjunto

coronado con una cornisa de *uraei*. También tenían portalámparas pequeños, posiblemente para sostener una lámpara en un sepulcro. En la actualidad, se construyen una especie de conejeras de barro para colocar lámparas en los lugares sagrados de Egipto.

Las terracotas también han conservado las formas de las capillas situadas al borde los caminos del país. Ciertamente, estuvieron influidos en su arquitectura por los modelos griegos, aunque probablemente la idea fuese mucho más antigua. Las capillas consistían, a menudo, en una pequeña cámara, con un techo en cúpula, como un moderno *wely* o tumba de santo, o a veces con un techo sobre cuatro pilares con una pared enana o una obra de encaje en tres lados. Así eran los sitios dedicados a las devociones y rezos de los viajeros, lo mismo que actualmente existen entre los egipcios.

Capítulo XIV

LA ÉTICA EGIPCIA

Por suerte, ha llegado hasta nosotros un conjunto considerable de máximas de conducta de la época de las Pirámides; y las mismas demuestran de manera práctica cuáles eran los ideales y las motivaciones de aquel pueblo primitivo. Este es solamente un pequeño aspecto del tema presente, pero se encuentra plenamente establecido en la obra *Religion and Conscience in Ancient Egypt*.

El repudio de los pecados antes del juicio de Osiris es el código de moral más remoto que existe y resulta sorprendente que en el mismo no haya nada acerca de los deberes familiares. Esa exclusión apunta a que la familia carecía de importancia a la sazón, y que tal vez el matriarcado excluía la responsabilidad del varón. En las primeras formas, la prominencia de los deberes está en el orden de los relativos a los iguales, a los inferiores, a los dioses, y al propio carácter del hombre. En tiempos posteriores los deberes hacia los inferiores casi se desvanecieron, y los deberes internos al carácter se hallaban sumamente ampliados, estando en la raíz de todo lo demás.

El carácter ideal quedó retratado en las máximas como fuerte, resistente, autoritario, directo, respetable, evitando las compañías de los inferiores, activo, y por encima de todo, sincero y dueño de una gran rectitud. La discreción, el sosiego y la reserva eran virtudes obligadas, y era preciso alcanzar una resistencia digna sin el menor orgullo.

En las cosas materiales la energía y la confianza propia eran necesarias, así como un juicioso respeto para la iniciación de los hombres triunfantes.

La codicia era especialmente reprendida, y la lujuria, junto con el libertinaje, se consideraban lo mismo que una carrera que acaba en una gran tristeza.

El carácter del matrimonio dependía en gran manera de los bienes que se poseían. Cuando una mujer tenía bienes propios era el ama de su casa, y su esposo era más bien un huésped permanente. Sin embargo, en los primeros tiempos y más tarde entre el sacerdocio, la elección hecha por una mujer

apenas se consideraba permanente. Cuando, no obstante, la familia dependía del trabajo varonil, el hombre tomaba naturalmente el papel principal. Pero el código de la moralidad abstracta, y los dictados de la prudencia común entre hombres y mujeres, tenían un estándar tan elevado como en los tiempos más antiguos y los modernos. Ningún legislador razonable querría añadir algo más, aunque seis mil años y el cristianismo hayan intervenido desde que el egipcio enmarcó su vida. El sentido del deber familiar al adiestrar y hacer progresar a los hijos de un hombre estaba en plena vigencia.

En el intercambio general de la vida social quizás el rasgo principal era la consideración hacia los demás. Los buenos sentimientos y la amabilidad eran mucho más elevados que los que conocemos de otros pueblos antiguos, o entre las naciones más modernas. El salón del consejo en la regiduría local era el principal teatro para la amabilidad; y la contradicción aparente de ser temerario y al mismo tiempo gentil y precavido, mejoraría el carácter y el tono de cualquier asamblea moderna. El mayor número de preceptos, no obstante, se refería a la Juiciosa conducta hacia los inferiores. La justicia y la buena disciplina eran las bases necesarias, pero debían ser atemperadas por el respeto hacia los sentimientos y la comodidad de los servidores.

El aspecto religioso de la ética se hallaba casi limitado al respeto a la propiedad y las ofrendas a los dioses. Pero el lado más espiritual también se tocaba en el precepto: «Lo detestable en el santuario de dios son los festejos ruidosos; si le imploras con el corazón amante, cuyas palabras son todas misteriosas, él escuchará tus asuntos, oírás tus palabras, aceptará tus ofrendas».

La permanencia del carácter egipcio ha de sorprender a todo el que conozca al nativo moderno. La forma esencial de justificación en el juicio consistía en la declaración del difunto según la cual no había cometido varios crímenes; y hasta hoy día, el egipcio se justifica a sí mismo por medio de la afirmación de no haber hecho nada equivocado, incluso ante pruebas de lo contrario. El fallo principal de su carácter por el que se lo condenaba era la codicia, siendo éste el defecto que impide la independencia del egipcio actual. La intrusión de subordinados intrigantes entre el amo y sus hombres se consideraba un fallo, y hoy día sigue produciéndose el mismo, cuando cada sirviente intenta aprovecharse de los que tratan con su amo. El dominio de los escribas al manejar los asuntos y obtener beneficios era tan familiar en los tiempos antiguos como lo es en los modernos. Y los recientes sucesos de Egipto nos han recordado la vieja inconstancia que demuestra el adagio: “Tu entrada en una ciudad empieza con aclamaciones; y a medida que pasa el tiempo, has de salvarte por tu propia mano”.

Capítulo XV

LA INFLUENCIA DE EGIPTO

No es posible saber de qué manera Egipto, en los primeros tiempos, influyó en la fe de otros países a causa de nuestra ignorancia sobre las primitivas civilizaciones de la tierra. Pero en tiempos posteriores, la extensión de la religión popular de Egipto sólo puede parangonarse a la propagación del cristianismo y el Islam. Isis fue adorada en Grecia, en el siglo IV a. C., y en Italia en el siglo segundo. Poco después, se abrió paso hasta ser reconocida oficialmente por Sulla, e inmediatamente después de la muerte de Julio César el gobierno romano erigió un templo a Isis. Ya firmemente establecido en Roma, la propagación del poder real llevó a Isis al culto del mundo entero; los emperadores fueron sus sumos sacerdotes y el humilde centurión en sus remotos campos la honró en las agrestes regiones de Francia, Alemania, Yorkshire y el Sahara.

No solamente Isis sino también Osiris obtuvieron la veneración de toda la tierra conocida hasta entonces. En su nueva forma de Osir-hapi de Mentís, o Serapís, los Ptolomeos lo identificaron con Zeus, tanto en su apariencia como en sus atributos. Y en los tiempos de Nerón, Isis y Osiris eran, según parece, las deidades de todo el mundo. Un interesante esbozo sobre este tema se halla en *Roman Society from Nero to Aurelius*, del profesor Dill.

Además de esos dioses paternos, su hijo Horus conquistó asimismo el mundo con ellos. Isis y Horus, la Reina del Cielo y el Niño Sagrado, fueron las deidades más populares de los últimos tiempos de Egipto, y sus imágenes superaron con creces a las de los otros dioses. Horus, en todas las formas de la infancia, era el *bambino* amado de las mujeres. Horus también aparecía en brazos de su madre, de una manera exactamente igual a la adoptada poco después por el cristianismo.

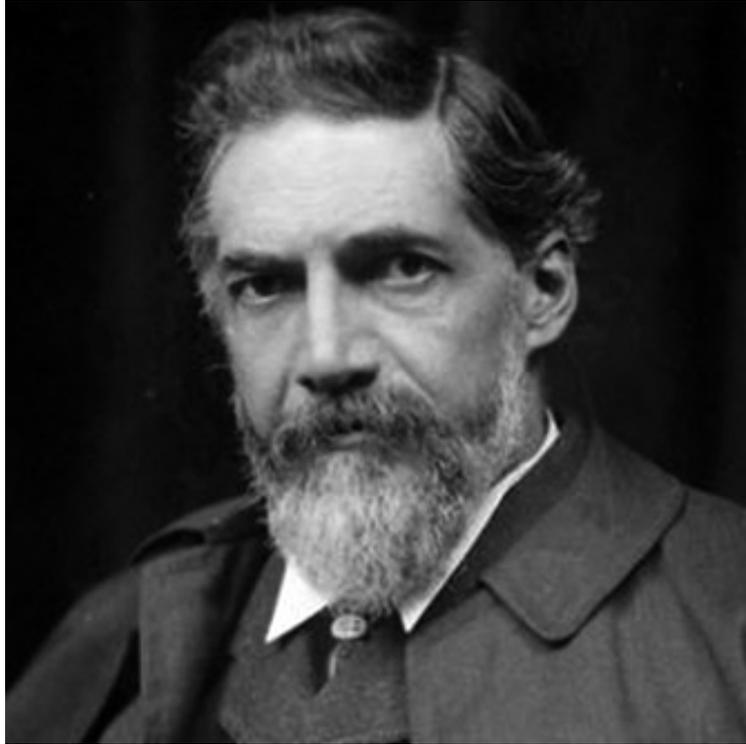
Vemos, por tanto, en todo el mundo romano el culto popular de la Reina del Cielo, *Mater Dolorosa*, Madre de Dios, patrona de los marineros, y a su infante Horus, el benefactor de los hombres, que dominó a todas las fuerzas

del mal. Y esta veneración se esparció y creció en Egipto y por doquier hasta que la fuerza aplastante del cristianismo exigió un cambio. El antiguo culto continuó, puesto que la doncella siria se transformó en una figura totalmente diferente, Reina del Cielo, Madre de Dios, patrona de los marineros, ocupando la posición y los atributos que ya pertenecían a la diosa de todo el mundo; y el Divino Maestro, el Hombre de los Pesares, se transformó en una figura completamente distinta del Poderoso Niño. Isis y Horus todavía siguen estando de pie en Europa, aunque con nombres diferentes.

Egipto también ejerció una influencia inmensa sobre la Iglesia en la controversia de la Trinidad. Fue ésta una disputa puramente egipcia entre dos presbíteros, aireada en el ambiente de las complejidades respecto al *ka*, el *khu*, el *khat*, al *ba*, el *sahu*, el *khaybat* y las demás entidades que constituyen el ser humano. Comprender tales refinamientos referentes a la Naturaleza Divina era tan congénito a tales mentalidades como incomprendible a Occidente. Y la disputa finalmente se centró en la cuestión de si «antes del tiempo» era lo mismo que «desde la eternidad». Esta fue la pelea que padeció la Iglesia entre Ario y Atanasio, una disputa que jamás habría existido a no ser por su origen egipcio.

Egipto también dominó en otra dirección. De algunas fuentes, tal vez la misión budista de Asolea, la vida ascética de los reclusos se estableció en los tiempos ptolemaicos, y los monjes del Serapeum ilustraron un ideal del hombre que todavía era desconocido en Occidente. Este sistema monástico continuó hasta Pacomio, un monje de Serapis, en el Alto Egipto, que fue el primer monje cristiano durante el reinado de Constantino. Rápidamente imitado en Siria, Asia Menor, las Gallas y otras provincias, así como en la misma Italia, el sistema pasó a tener una posición fundamental en la cristiandad medieval, y la reverencia de la humanidad ha estado durante mil quinientos años apoyada en una institución egipcia.

Vemos de este modo cómo las ideas religiosas de seis mil años o más atrás todavía perviven y prosiguen ejerciendo su poder sobre el hombre civilizado, con otro nombre aunque no muy distinto al anterior, y también vemos de qué manera las nuevas ideas religiosas pueden transformarse pero no erradicarse, siendo las ancestrales creencias de las edades pasadas.



SIR WILLIAM MATTHEW FLINDERS PETRIE (1853-1942), arqueólogo y egiptólogo inglés nacido en Charlton, Kent, fue uno de los primeros que estudiaron Stonehenge (1874-77), antes de volver todo su interés a Egipto, explorando las pirámides y templos de Gizeh y luego excavando en Tanis y Naucratis.

Autor de más de cien libros, fue el primero de los profesores eduardianos de arqueología de Londres (1892-1933), continuando sus excavaciones en Egipto y Palestina hasta avanzados sus 80 años.

Notas

[1] Por ejemplo, las palabras *sek*, mover; *seg*, ir; *sck*, destruir; *sega*, romper; *kauy*, vaca; *gaua*, buey; *keba* y *geba*, cielo, etcétera. <<